

Las obras literarias del Realismo y del Naturalismo ofrecen una visión documental/testimonial de las sociedades latinoamericanas a finales del siglo XIX y principios del siglo XX. Los autores realistas y naturalistas se preocupan por los problemas sociales de su época y son conscientes de la necesidad de buscar un futuro mejor para las víctimas de las injusticias sociales. El siglo XIX es un período de transición, durante el cual se observa una efervescencia espiritual, literaria, política y social, cuyo fruto es la literatura hispanoamericana del siglo XX. La aportación del Realismo y del Naturalismo a la literatura hispanoamericana posterior es indiscutible; específicamente ha dejado sus huellas en la narrativa del subcontinente casi hasta la mitad del siglo XX, en la temática, la descripción del ambiente y de los personajes, que reflejan la realidad americana. El Realismo puso las bases de varias tendencias literarias del siglo XX: el regionalismo, el indigenismo y neo indigenismo, la novela de la Revolución Mexicana, la literatura gauchesca.

ISBN 84-7923-510-1



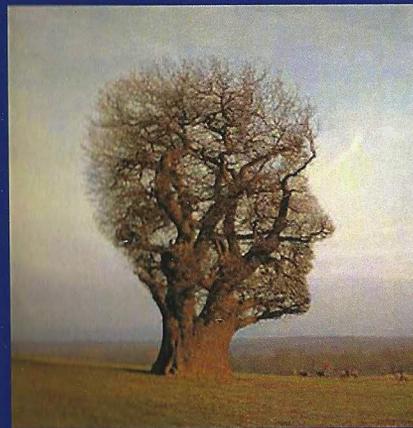
9 788479 235109

Viktoria Kritikou • COMPLEMENTOS SOCIALES: REALISMO Y NATURALISMO EN HISPANOAMÉRICA

Complementos sociales

REALISMO Y NATURALISMO EN HISPANOAMÉRICA

*Viktoria
Kritikou*



Ediciones del Orto

UNIVERSIDAD
DE MINNESOTA

BIBLIOTECA CRÍTICA DE LAS LITERATURAS
LUSO-HISPÁNICAS

47

COMPLEMENTOS SOCIALES
EL REALISMO Y EL NATURALISMO
EN HISPANOAMÉRICA

Viktoria Kritikou

Ediciones del Orto



Universidad de Minnesota



Viktoria Kritikou
nació en la ciudad
de Atenas, Grecia.
Recibió el
Doctorado en
Literatura
Hispanoamericana
por el Departamento

de Lengua y Literatura Italianas y
Españolas de la Universidad
Nacional y Kapodistriaca de Atenas.
Actualmente es docente de
Literatura Hispanoamericana
en el Departamento de Lengua y
Literatura Hispánicas en la Facultad
de Filosofía de la Universidad
Nacional y Kapodistriaca de Atenas.
Ha publicado varios ensayos y artí-
culos de temas hispanoamericanos
en revistas y actas de congresos
internacionales (FIEALC y CILEC).

BIBLIOTECA CRÍTICA DE LAS LITERATURAS LUSO-HISPÁNICAS
Problemas Históricas y Estética

Directores:

Rodolfo Cardona, Alfonso Martínez Díez,
Anthony N. Zahareas

Comité científico:

Raquel Arias, José Esteban, Carlos García Gual, Russell
Hamilton, Efthimía Pandís Pavlakis, Hernán Vidal

Coordinadores:

Reyes Coll Tellechea, Oscar Pereira, Natalia Escudero

Primera edición 2014

© Viktoria Kritikou
© Alfonso Martínez Díez, *Editor & Publisher*
© EDICIONES CLÁSICAS • EDICIONES DEL ORTO
© Natalia Escudero, Coordinadora
c/ San Máximo 31, 4º 8
Edificio 2000 • 28041 Madrid (Spain)
Telfs. 91-5003174 / 5003270
Fax 91-5003185. E-mail: ediclas@arrakis.es
www.edicionesclasicas.es

I.S.B.N.: 84-7923-510-1

Depósito Legal:

Impreso en España

Imprime MALPE

ÍNDICE

I. CUADRO CRONOLÓGICO	5
Acontecimientos histórico-culturales en Hispanoa- mérica	7
II. EL REALISMO Y EL NATURALISMO EN HIS- PANOAMÉRICA	9
Introducción al Realismo.....	11
Introducción al Naturalismo	14
El Realismo hispanoamericano	18
El Naturalismo hispanoamericano	25
III. SELECCIÓN DE TEXTOS	31
Alberto Blest Gana	33
Clorinda Matto de Turner	47
Eugenio Cambaceres	52
Federico Gamboa	57
Baldomero Lillo	82
IV. BIBLIOGRAFÍA	91
Obras de los autores antologizados	93
Generalidades	93
Estudios especializados.....	94



Alberto Blest Gana (1830-1920)

I

CUADRO CRONOLÓGICO



Clorinda Matto de Turner (1852-1909)

- 1820** Alberto Blest Gana nace en Santiago de Chile.
- 1843** En Argentina nace Eugenio Cambaceres, el introductor del naturalismo en América Hispánica.
- 1844** En Perú nace Manuel Gon-zález Prada, escritor, filósofo y hombre político.
- 1845** En Perú nace Mercedes Cabello de Carbonera.
- 1850** El 14 de abril de 1850, en Chile, los intelectuales Santiago Arcos y Francisco Bilbao fundan la *Sociedad de la Igualdad*.
- 1851** El 20 de abril de 1851, en Santiago de Chile, tiene lugar un intento revolucionario provocado por los opositores del régimen de Manuel Montt: es el *motín de Urriola*. Alberto Blest Gana se refiere al hecho en su novela *Martín Rivas*.
- 1852** Clorinda Matto de Turner nace en el Cuzco (Perú).
- 1853** En Argentina nace Manuel T. Podestá.
- 1855** En Puerto Rico nace Manuel Zeno Gandía.
- 1862** Alberto Blest Gana publica la primera novela realista hispanoamericana *Martín Rivas*.
- 1864** En México nace Federico Gamboa, uno de los máximos representantes del naturalismo hispanoamericano.
- 1867** En Chile nace Baldomero Lillo.
- 1868** En Uruguay nace Javier de Viana.
- 1876-1911** El Porfiriato, período histórico caracterizado por el gobierno de Porfirio Díaz, que sólo se interrumpió entre 1880 y 1884.
- 1881** En Argentina Eugenio Cambaceres publica su primera novela *Pot-pourri*.
- 1884** En Argentina Eugenio Cambaceres publica su novela *Música sentimental*.
- 1885** En Argentina Eugenio Cambaceres publica su novela *Sin rumbo*.
- 1887** En Argentina Eugenio Cambaceres publica su última novela *En la sangre*.
- 1888** Eugenio Cambaceres muere en París (Francia). En México Federico Gamboa publica su primera obra *Del natural*. En Perú Mercedes Cabello de Carbonera publica la novela *Blanca Sol*.
- 1889** En Perú Clorinda Matto de Turner publica la primera novela isundigenista *Aves sin nido*. En Argentina Manuel Podestá publica la novela *Irresponsable*.
- 1891** Clorinda Matto de Turner publica la novela *Índole*.
- 1893** Clorinda Matto de Turner publica la novela *Herencia*.

- 1894** En Puerto Rico Manuel Zeno Gandía publica la novela *La charca*.
- 1896** En México Federico Gamboa publica la novela *Suprema Ley*. Manuel Zeno Gandía publica la novela *Garduña*.
- 1899** En México Federico Gamboa publica la novela *Metamorfosis*. En Uruguay Javier de Viana publica la novela *Gaucha*.
- 1903** En México Federico Gamboa publica su novela de mayor éxito, *Santa*.
- 1904** En Chile Baldomero Lillo publica la colección de cuentos *Subterra*.
- 1908** En México Federico Gamboa publica la novela *Reconquista*.
- 1907** En Chile Baldomero Lillo publica la colección de cuentos *Sub sole*.
- 1909** Clorinda Matto de Turner muere en el exilio en Buenos Aires (Argentina). Mercedes Cabello de Carbonera muere en Perú.
- 1918** En Perú muere Manuel González Prada. En Argentina muere Manuel T. Podestá.
- 1920** Alberto Blest Gana muere en París.
- 1923** En Chile muere Baldomero Lillo.
- 1926** En Uruguay muere Javier de Viana.
- 1930** En Puerto Rico muere Manuel Zeno Gandía.
- 1939** En México muere Federico Gamboa.

II

EL REALISMO Y EL NATURALISMO EN HISPANOAMÉRICA



Eugenio Cambaceres (1843-1888)

Introducción al Realismo

El Realismo es un movimiento cultural que surge en Francia en la primera mitad del siglo XIX y florece en toda Europa. Tiene un gran impacto en varios aspectos de la vida cultural, desde la literatura hasta las artes plásticas, el cine y la fotografía. El término “realismo” se usa en contraposición al “idealismo” para destacar el propósito principal del artista de representar de modo objetivo la realidad.

El ambiente histórico, político y social de Europa a principios del siglo genera los factores que favorecen el surgimiento de la nueva estética realista. La burguesía es la clase dominante y su modo de vida sirve como fuente de inspiración para los realistas. El auge económico y tecnológico y las circunstancias históricas y sociales benefician el traslado masivo de la población en las ciudades y crean nuevas condiciones de vida. El sistema de valores tradicionales se derrumba y las normas morales se redefinen. El progreso científico determina la vida social. El crecimiento demográfico en las ciudades y los centros industriales pone en relieve las difíciles condiciones de vida de la clase obrera en los centros urbanos. La sociedad en crisis ofrece nuevos temas a los autores de la época; los géneros preferidos ahora son la novela y el

cuento ya que se ofrecen más para el análisis de las nuevas relaciones sociales. En las obras realistas se intenta la descripción de varios aspectos de la sociedad contemporánea de modo detallado y objetivo. Los escritores realistas observan la realidad de su entorno con propósito moralizador e intentan no solo criticar los males sociales sino corregirlos.

El desarrollo del periodismo y la alfabetización progresiva de mayor parte de la población, especialmente en los centros urbanos, son factores substanciales para el florecimiento del Realismo. En el ámbito cultural e ideológico, las teorías positivistas y científicas de la época son significativas para la elaboración de los códigos realistas.

Los primeros escritores realistas en Francia son Stendhal y Honoré de Balzac. No obstante, el máximo representante del Realismo francés es Gustave Flaubert, escritor de las novelas *Madame Bovary* (1857) y *La educación sentimental* (1869). A mediados del siglo XIX el Realismo se difunde por toda Europa donde destacan el escritor inglés Charles Dickens y los rusos León Tolstói y Fiódor Dostoyevski. En España, el Realismo se introduce aproximadamente en 1870, cuando el contexto histórico y político lo permite. Los mayores representantes del Realismo español son Juan Valera, José María de Pereda y Benito Pérez Galdós.

Como se ha mencionado, la característica principal del Realismo es la observación de la realidad.

El escritor realista trata de representar con objetividad la sociedad de su época observando de manera “científica” el mundo real. El *yó* deja de ser el centro del interés artístico. Lo que más atrae el interés del narrador es la realidad próxima y cotidiana. A los escritores realistas no les atrae lo lejano, pasado o imaginario. Al contrario de los románticos, no quieren evadir del mundo real, sino representar la realidad tal y como es. Las descripciones del ambiente son detalladas y minuciosas y los personajes literarios son figuras corrientes, tipos humanos de la época. Su lenguaje es coloquial y popular y refleja su estado social.

La objetividad realista surge por las ideas positivistas y científicas de la época. En general, el narrador de la novela realista está en tercera persona y es un narrador omnisciente. Los hechos y los personajes se presentan con objetividad. Los personajes no están idealizados sino se describen con imparcialidad y se intenta un análisis psicológico. No hay elementos sobrenaturales o místicos sino un desarrollo “lógico” de la historia.

El propósito de los realistas es moralizador. A través de la presentación de los problemas sociales y sus análisis, el escritor busca las causas de la corrupción social e intenta mejorar la sociedad basándose en los valores morales. El anhelo del poder y del dinero se presenta como la causa de la corrupción y de la inmoralidad de la época. La honradez y la laboriosidad son los valores que

conducen al Progreso y el Bienestar. En el fondo, el Realismo es un movimiento optimista porque cree posible el cambio social.

La temática de la novela realista se inspira en la vida y los valores de la clase burguesa del siglo XIX: el ascenso social y económico, el anhelo de poder político, el dinero como fuerza motivadora de la sociedad, la educación de la mujer y su posición en la sociedad son algunos de los temas que tratan los escritores realistas. Además, la indagación del mundo interior de los personajes y el análisis psicológico, son motivos recurrentes en este tipo de novela.

Introducción al Naturalismo

El Naturalismo es una tendencia del Realismo que se origina en Francia hacia finales del siglo XIX y se extiende a toda Europa. Su iniciador y máximo representante es Émile Zola, quien, en el prólogo de su novela *Thérèse Raquin* (1867), defiende el nuevo movimiento y declara sus principios.

Los críticos literarios consideran el Naturalismo como una evolución o una tendencia extrema del Realismo. Efectivamente, hay muchos autores realistas que se orientaron hacia el Naturalismo. Sin embargo se trata de dos estilos con características y objetivos bien distintos. Aunque ambos pretenden representar la realidad de modo objetivo, el Realismo refleja los problemas de la bur-

guesía mientras el Naturalismo se centra en las capas sociales más bajas y desfavorecidas. Los autores realistas observan la realidad mientras los naturalistas investigan las causas profundas de los problemas sociales. En ambos casos, los representantes tanto del Realismo como del Naturalismo hacen una crítica social. No obstante la postura realista frente a los malos sociales es positiva gracias a la fe en el hombre y su voluntad de mejorar la realidad. Los naturalistas tienen una visión pesimista ya que, para ellos, el ser humano no puede escapar de la influencia del medio y de la herencia biológica. El pesimismo del Naturalismo francés es el resultado de las ideas deterministas y materialistas de la época.

Zola elabora la teoría naturalista influenciado por la situación social y cultural, basándose en las corrientes filosóficas y científicas de su época: el positivismo de Auguste Comte, el utilitarismo de Stuart Mill, el evolucionismo físico de Darwin y social de Spencer, el método experimental de Claude Bernard y el materialismo histórico de Karl Marx y Friedrich Engels ofrecen a Zola los modelos para la nueva técnica naturalista. En su novela *Le roman experimental* (1880), Zola aplica el método experimental al estudio natural y social del hombre (Varela Jácome 123). Sostiene que el papel del novelista es el del experimentador que escoge su tema, por ejemplo el alcoholismo, y formula una hipótesis, por ejemplo el alcoholismo se debe a la

influencia del entorno. El novelista establece el ambiente físico y social en que tendrá lugar la acción. Una vez determinadas las condiciones, el novelista observa y analiza a los personajes según los métodos científicos. Los personajes de Zola actúan sin libre albedrío, determinados por la herencia biológica y el medio en que viven. El maestro francés elige ambientes y personajes degenerados; los alcohólicos, las prostitutas, los locos y enfermos son víctimas de sus instintos bajos y de la sociedad corrompida. La falta de voluntad humana se debe al ateísmo y al materialismo.

Otros naturalistas franceses importantes son los hermanos Goncourt y Guy de Maupassant. En Alemania se destacan los hermanos Hauptmann, Hermann Sudermann y Max Halbe. En Italia, el Naturalismo se denomina Verismo y su mayor representante es Giovanni Verga. En Inglaterra sobresale la figura de Thomas Hardy y en Rusia Dostoievski y Chejov son dos de los más célebres naturalistas del país.

En España, el Naturalismo no tiene tanta resonancia debido al poder del catolicismo y conservadurismo de la sociedad española (García López 573). La idea del determinismo y el ateísmo de Zola no fueron aceptados por los escritores españoles que prefieren una visión más optimista de la vida. Por lo tanto, el Naturalismo no se asimila íntegramente en España. Emilia Pardo Bazán defiende la teoría naturalista en su libro *La cuestión*

palpitante, rechazando el aspecto “sucio” y “obsce-
no” del arte zolesca. En sus obras *Los Pazos de Ulloa* y *La Madre Naturaleza* su objetivo es “la sal-
vación de un alma por la fe y el triunfo de los
valores espirituales” (García López 574). Otros
naturalistas españoles son Benito Pérez Galdós,
Leopoldo Alas “Clarín” y Armando Palacio
Valdés.

Resumiendo, la característica principal del mo-
vimiento naturalista es el determinismo. Zola pre-
senta al ser humano sin voluntad propia, víctima
de su medio ambiente y de sus pasiones (herencia
genética). Como consecuencia la salvación de los
personajes es imposible y el ser humano no puede
encontrar la felicidad. Esta visión pesimista es,
igualmente, resultado del ateísmo y del materialis-
mo, doctrinas que niegan la espiritualidad del ser
humano.

La temática de las obras naturalistas se centra
en los males de la sociedad: el alcoholismo, la
enfermedad y la prostitución. Los escritores natu-
ralistas intentan explicar de modo científico las
causas de los problemas sociales y su obra tiene
valor documental, por eso presentan ambientes
pobres (barrios obreros, bares, burdeles, hospitales
y manicomios) en contraste con los realistas que
prefieren los salones de la burguesía rica y los
barrios bonitos de la ciudad (parques, avenidas,
etc.).

El objetivo de los naturalistas es mostrar los males de la ciudad, buscar sus causas y hacer una crítica social. Los escritores apuntan la corrupción en todos los niveles sociales. Igualmente se critica la hipocresía de los representantes religiosos. Para los naturalistas, la literatura es un arma de combate.

El Realismo hispanoamericano

El Realismo en Hispanoamérica se introduce tardíamente a causa de la persistencia del Romanticismo. Los factores político-sociales que favorecen el desarrollo del Realismo en Hispanoamérica son la consolidación del equilibrio político, el liberalismo político, la reforma legislativa y el despegue económico (Varela Jácome 106).

Durante la segunda mitad del siglo XIX, y especialmente entre 1880 y 1910, hay un florecimiento económico gracias a la estabilidad política, la introducción de maquinaria en la producción agrícola y ganadera, la explotación sistemática minera y los avances tecnológicos. La tendencia migratoria de los países europeos y el traslado masivo del campo a los centros urbanos contribuyen a la expansión demográfica y generan cambios sociales significativos. Según afirma Van Oss, en países como Argentina y Uruguay la inmigración cambia el perfil etnológico de la población con resultados no siempre positivos o deseados; los

proyectos de colonización del desierto y de europeización de la sociedad fracasan (30-2).

La transformación urbana es profunda y radical: la población se reúne en las capitales y, por consiguiente, se modifica el ámbito urbano. Se construyen avenidas, parques, plazas, estadios, teatros, hipódromos, cafés, clubes. Otra innovación es el alumbrado a gas o eléctrico, las bicicletas y los tranvías. Aparecen barrios residenciales y barrios obreros. Para la burguesía rica, la mayor aspiración es visitar Europa, en concreto, París y Londres. La imitación de la vida francesa es la moda de la época, aunque, muchas veces, el "afrancesamiento" resulta ridículo. Paralelamente hay un grupo social, la burguesía media, que trata de imitar sin éxito a la clase dominante. Estos grupos sociales inspiran muchos de los escritores hispanoamericanos de la mitad del siglo.

Otros factores que favorecen la aparición del Realismo son la multitud de los círculos literarios y de las universidades, los periódicos y las revistas literarias y, sobre todo, la difusión de las teorías positivistas (Varela Jácome 107). Las ideas filosóficas de Comte, Stuart Mill y Spencer ejercen gran influencia en la organización política y los sistemas educativos de los países latinoamericanos.

En el ámbito literario, la nueva técnica narrativa de los grandes realistas europeos se introduce con atraso en Hispanoamérica. Los cuatro maestros que tuvieron influencia decisiva en el desarro-

llo del Realismo en América Latina son Stendhal, Honoré de Balzac, Gustave Flaubert y Charles Dickens (Varela Jácome 107).

El objetivo del escritor realista hispanoamericano es observar y representar la realidad que le rodea con objetividad, sin sentimentalismos. En las obras realistas hispanoamericanas se presentan las aspiraciones y la ideología de la burguesía rica y mediana. Igualmente se presta atención al indígena y a sus condiciones de vida.

En América Latina, a mediados del siglo XIX, la tendencia costumbrista cede el paso al Realismo y varias novelas costumbristas “van perdiendo pintoresquismo, para incorporar gradualmente juicios irónicos, intenciones polémicas, enfoques del realismo crítico” (Varela Jácome 107). Unos ejemplos de esta tendencia son las novelas *Manuela* (1866) del colombiano Eugenio Díaz, *La linterna mágica* (1871-1872) del mexicano José Tomás de Cuéllar y *Pipiolos y pelucones* (1876) del chileno Daniel Barros Grez (108).

El escritor chileno Alberto Blest Gana es considerado como el iniciador del Realismo en Hispanoamérica. Blest Gana, aunque al principio aparece como novelista romántico, después de su estancia en París donde se pone en contacto con Balzac y la técnica realista, “hace un auto de fe de su literatura anterior” (Varela Jácome 108). Oviedo señala que la actitud realista de Blest Gana “arranca con *Martín Rivas* (1862), se afirma en *Durante la*

Reconquista (1897) y sigue hasta el final de su producción” (148). En la novela *Martín Rivas*, Blest Gana presenta la estratificación social de la capital chilena en 1850, centrándose en dos capas sociales dominantes: la burguesía rica y el “medio pelo” (Araya 18).

Otros elementos realistas en la novela de Blest Gana que hemos mencionado anteriormente, son el análisis psicológico de los personajes y la presentación de algunos tipos humanos, como los *tejedores*, defensores del gobierno por interés propio (texto 1). Igualmente, el escritor ofrece información histórica con la descripción de la *Sociedad de la Igualdad* (asociación política de la época) y la narración de un acontecimiento histórico: el motín de Urriola en 1851 (texto 2). Con la novela *Martín Rivas*, Blest Gana trata de analizar la sociedad chilena de mediados del siglo XIX. En la obra se ve el enfrentamiento ideológico entre conservadores y liberales. El escritor presenta de modo crítico y, a la vez, satírico el modo de pensar y actuar de la burguesía adinerada, motivada siempre por su interés material (Kritikou 2011: 347).

Desde 1870 el Realismo se impone en los países hispanoamericanos y especialmente en Argentina con el “grupo del 80” en Perú, Colombia, Venezuela y México. La novela es el género preferido de los realistas porque, gracias a su extensión, expresa mejor su pasión por las descripciones detalladas y el análisis social y psicológico.

En Argentina, el Realismo se culmina en la década de los ochenta gracias al ambiente positivo y liberal de la época. La “generación del 80” concibe la literatura como “instrumento directo de modificaciones” (Sosnowski 14). Destaca la obra literaria de Eugenio Cambaceres y su novela realista *Pot-pourri* (1881). Otras novelas de Cambaceres son *Música sentimental* (1884) y *Sin rumbo* (1885) que siguen los códigos naturalistas. Otros importantes escritores argentinos son Miguel Cané con su novela *Juvenilia* (1884), Paul Groussac con la novela *Fruto vedado* (1884) y Lucio Vicente López con la obra *La gran aldea* (1884). Otras novelas interesantes son *Inocentes o culpables* (1884) de Juan Antonio Argerich y *La Bolsa* (1891) de José María Miró, publicada con el seudónimo de Julián Martel.

En Perú, el Realismo se manifiesta con la obra de dos escritoras importantes, Mercedes Cabello de Carbonera y Clorinda Matto de Turner. Cabello de Carbonera representa aspectos de la sociedad peruana en *Sacrificio y recompensa* (1888) y *Blanca sol* (1889). Matto de Turner inicia la tendencia indigenista con su novela *Aves sin nido* (1889). En *Aves sin nido* Turner refleja las condiciones de vida de los indígenas y presenta la corrupción de las autoridades civiles y religiosas. La acción de la novela se sitúa en la provincia andina de Perú, en el ambiente físico y social de un pueblo ficticio, Killac. Los indios pobres son cruelmente explotados por los que ostentan el poder, “curas, gobernadores, cacic-

ques y alcaldes” quienes, como señala la autora en el proemio de su novela, “si varían de nombre, no degeneran siquiera del epíteto de Tiranos” (texto 3). Tal como refieren los críticos, es evidente la influencia de Manuel González Prada, que caracterizaba al juez de paz, al gobernador y al cura como la “trinidad embrutecedora del indio” (Cornejo Polar vii; Sales Salvador 93 nota 53). Como contrapeso, la narradora presenta a la pareja ilustrada de los Marín que representan a los blancos buenos y cultivados de la ciudad, centro de la civilización. La india Marcela revela a Lucía los sufrimientos de los indígenas por los impuestos y los abusos de los representantes de la iglesia. Turner denuncia la conducta inmoral y corrupta de los religiosos y demuestra la posición miserable de la mujer de su época que, sea india, mestiza o blanca, está bajo la autoridad masculina.

Según Turner la educación es la única salida de la miseria. Sales Salvador observa que la autora se aleja de la idea dominante de la incapacidad intelectual de los indígenas y sostiene que eso es solo el resultado de su indigencia (154 nota 144). No obstante, Turner tiene una visión paternalista porque cree que el cambio de la situación del indígena se hará con la ayuda de los blancos civilizados (Kritikou 2012: 1850).

En México, Emilio Rabasa es uno de los representantes destacados del Realismo con sus novelas: *La Bola*, *La gran ciencia*, *El cuarto poder* y *Moneda*

falsa, publicadas entre 1887 y 1888. Con su tetralogía ofrece el “testimonio ideológico y social de un contexto histórico concreto” (Varela Jácome 121). Cabe mencionar a Heriberto Frías, escritor de la novela *¡Temóchic!*, y a José López-Portillo y Rojas, autor de la novela *La parcela*. López-Portillo rechaza a los escritores franceses y afirma su admiración por los realistas españoles, Galdós, Valera y, especialmente, Pereda.

En Colombia, la novela *Manuela* (1866) de Eugenio Díaz combina elementos costumbristas con realistas. Se destaca la producción literaria de Tomás Carrasquilla: *Frutos de mi tierra* (1896), *Grandeza* (1910) y *La marquesa de Yolombó* (1928). En Venezuela, Manuel Vicente Romero García y Miguel Eduardo Pardo son los escritores realistas de mayor importancia.

Cabe señalar que aparte de la narrativa, se cultiva también el género dramático que florece especialmente en Argentina. Con el Realismo, el teatro da un paso adelante para su propio desarrollo. En Argentina surge un teatro hispanoamericano auténtico y original; la comedia gauchesca. Se trata de un teatro con personajes vivos, “arrancados” de la vida real, con su propio lenguaje idiomático, sus defectos y virtudes. El teatro se convierte en una forma de expresión de ideas políticas y de crítica social.

El punto de arranque se da en 1884 con la pantomima *Juan Moreira*, basada en la novela románti-

ca del mismo título de Eduardo Gutiérrez, publicada por entregas entre 1879 y 1880 (Rodríguez 375). La historia se basa en la vida de un gaucho muerto por la policía en 1874. Gutiérrez hizo una adaptación de su novela para que fuera representada como espectáculo circense. Más tarde, el actor José Podestá escribió los diálogos. La comedia *Juan Moreira* ocupa un lugar destacado en la historia del teatro argentino e hispanoamericano porque inicia el teatro gauchesco que al siglo siguiente dará sus frutos más importantes.

El Naturalismo hispanoamericano

La imposición del Naturalismo en Hispanoamérica es rápida, a pesar de su introducción tardía a causa del proceso de reorganización político-social de los países latinoamericanos. El Naturalismo se manifiesta en la región del Río de la Plata, México, Puerto Rico y Chile. La aceptación, casi explosiva, de la técnica naturalista se debe a la propia realidad de la sociedad americana, consciente de sus problemas (Ara 11).

El Naturalismo hispanoamericano tiene casi todas las características del Naturalismo francés; la observación detallada y objetiva del entorno social, con preferencia la de las capas sociales más bajas, el determinismo, la aplicación del método científico al estudio natural y social del hombre, el psicoanálisis de los personajes y el anticlericalismo. Sin

embargo, no acepta el ateísmo zolesco sino conserva la fe en Dios y en la Ciencia.

En Hispanoamérica, la recepción de los principios naturalistas varía según factores personales, por eso se observan “grados distintos de naturalismo según cada autor” (Chang-Rodríguez 199). La idea del ateísmo del maestro francés suscita una polémica entre los intelectuales hispanoamericanos, como sucedió en España también, debido al catolicismo y conservadurismo de la sociedad hispanoamericana. Igualmente ejercen una influencia importante los naturalistas españoles que creen en la voluntad del hombre y su posible salvación. Por consiguiente, en Hispanoamérica la aceptación de los principios naturalistas de Zola no es íntegra, sino variada según las opciones personales de cada escritor. No obstante, Ordiz afirma que las obras naturalistas tienen un punto común: “el ser obras muy apegadas a problemas contextuales e intentar concienciar al lector sobre temas concretos de un país determinado en un momento histórico preciso” (30-1).

Guillermo Ara señala que los novelistas americanos veían en el naturalismo “no una simple modalidad estética, sino el medio de entrar con todas las armas en la realidad política, social y psicológica de su tiempo” (11). Los naturalistas hispanoamericanos han enriquecido la temática naturalista incluyendo en sus obras como personajes a los indígenas, los negros, los gauchos y los

inmigrantes y presentando las duras condiciones de vida de estos grupos sociales para mostrar las injusticias sociales. Con la introducción de los personajes indígenas y gauchos el Naturalismo contribuye a la evolución de las tendencias literarias indigenista y gauchesca, propias de la literatura hispanoamericana.

El introductor del Naturalismo en Hispanoamérica es el argentino Eugenio Cambaceres, escritor, abogado y hombre político. La influencia de Zola se ve desde el prólogo de su primera novela realista *Pot-pourri* (1881), donde expresa el deseo de copiar “del natural” (Varela Jácome 124-5). Sus obras maestras son *Música sentimental* (1884), *Sin rumbo* (1885) y *En la sangre* (1887). En la novela *Música sentimental* (texto 5), la acción empieza con la llegada del protagonista en el puerto de Burdeos y la observación de los desembarcados, emigrantes y comerciantes. París se compara a un “mercado gigantesco de carne viva” y se explota la vida galante de la capital francesa. La violación de Loulou por los cómicos y el tratamiento médico de Pablo, herido gravemente, siguen los principios naturalistas. En la novela *Sin rumbo* Cambaceres intenta reproducir de modo objetivo los mecanismos del comportamiento humano, mientras en su última novela *En la sangre* presenta la dura lucha por la supervivencia del emigrante italiano, víctima de la herencia genética y del medio social.

Otro argentino destacado es Manuel T. Podestá, médico y escritor de la novela *Irresponsable* (1889). Para la elaboración de su protagonista demente, Podestá se basa en sus experiencias hospitalarias y su propia especialización en enfermedades mentales.

En Uruguay el Naturalismo se introduce con las obras *Por la vida* (1888) de Carlos Reyles, *Las hermanas Flammary* (1893) de Mateo Macariños Solsona y *Gaucha* (1899) de Javier de Viana. Javier de Viana con su novela *Gaucha* ofrece una visión del mundo rural. La acción se sitúa en Gutiérrez, una zona aislada, refugio de matreros y bandoleros, personajes violentos y crueles. La novela presenta el determinismo de la herencia genética y del ambiente sobre los personajes y la lucha por la supervivencia.

Manuel Zeno Gandía es el primer novelista naturalista puertorriqueño. Sus obras *La Charca* (1894) y *Garduña* (1896) son un testimonio de las duras condiciones de la vida rural en las zonas remotas y montañosas de Puerto Rico. Sus personajes son seres marginados e infelices, víctimas de su ambiente físico y social. Gandía refleja el subdesarrollo de la sociedad campestre, la explotación, la violencia, el analfabetismo, la pobreza y la enfermedad. A menudo, utiliza una terminología médica o del campo de las ciencias naturales.

El máximo representante del Naturalismo en México es Federico Gamboa. Ordiz observa que

Gamboa era “uno de los intelectuales más representativos del régimen porfirista” (22-3). Sin embargo está en contra del positivismo, la filosofía dominante del gobierno de Díaz (Ordiz 22). Los positivistas rechazan la religión católica y elaboran un sistema educativo basado en los principios de la nueva filosofía. Al mismo tiempo, fundamentan un “darwinismo social” y consideran la burguesía como la clase más capacitada para dirigir el cambio. El filósofo Leopoldo Zea señala: “sólo se reconocen los derechos del más fuerte; sólo poseen los bienes aquellos individuos que se han mostrado capaces de obtenerlos; la forma no importa. El estado no debe preguntarse por la forma en que estos bienes se han obtenido; su misión es protegerlos” (294). El resultado de la política porfirista es la pobreza y la miseria de las clases populares. Gamboa refleja la corrupción social de su época y “propone el dogma católico como la solución al mal que domina la sociedad” (Ordiz 25). El objetivo de la crítica de Gamboa es mejorar las condiciones de vida de las capas sociales desfavorecidas y eliminar el alcoholismo y la prostitución.

Santa es una obra maestra que logra demostrar la corrupción de la sociedad mexicana durante el gobierno de Porfirio Díaz. La novela *Santa* (1903) se considera el equivalente de *Nana* de Zola en Hispanoamérica. La mulata protagonista es la víctima de la sociedad machista y de la situación económica y social. El desarrollo capitalista genera

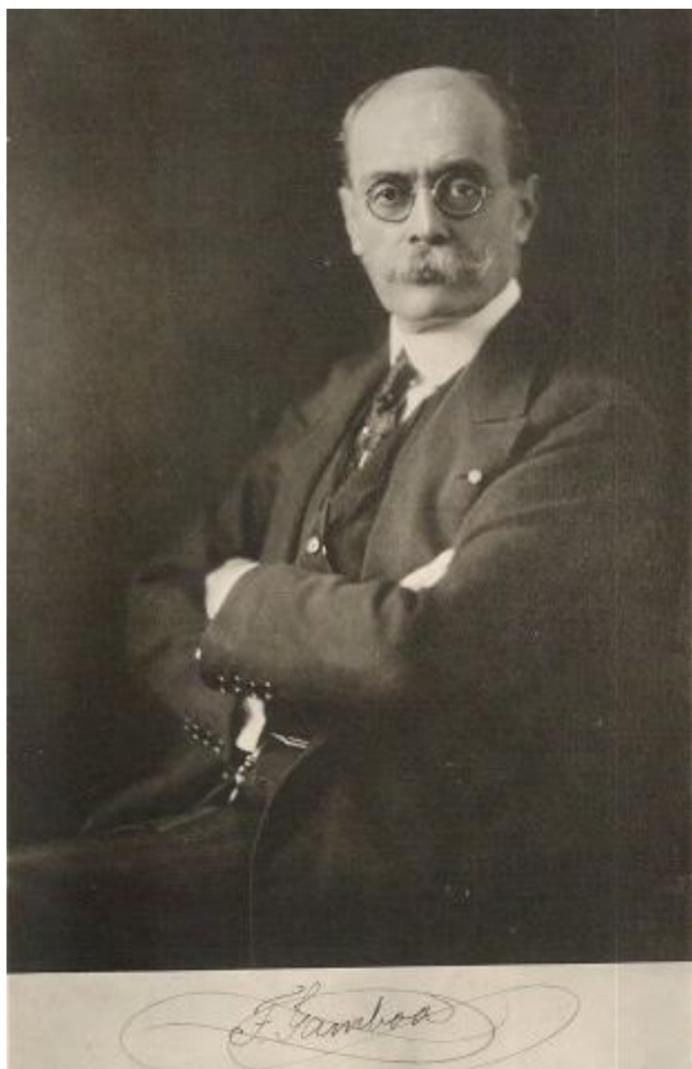
desigualdades sociales. La figura de la prostituta simboliza la injusticia social de la época y subraya la necesidad de cambiar la situación. La novela empieza *in media res* con descripciones crudas y feas, como las de la carnicería, de los trámites del registro de la protagonista, del prostíbulo y sus habitantes y clientes (texto 6).

En Chile se destaca la producción literaria de Baldomero Lillo. En sus colecciones de cuentos *Sub terra* (1904) y *Sub sole* (1907) presenta el modo de vida de los mineros, critica la explotación de los obreros por parte de los burgueses capitalistas y denuncia las injusticias sociales. En el cuento “La compuerta número 12” (texto 7) presenta el tema del trabajo infantil en las minas. Sus personajes son víctimas del determinismo social.

El Realismo y el Naturalismo literarios en Hispanoamérica ofrecen una visión testimonial de las sociedades latinoamericanas a finales del siglo XIX y a principios del siglo XX. Las obras realistas y naturalistas contribuyeron a la presentación de los problemas sociales y a la consciencia de la necesidad de buscar un futuro mejor por las víctimas de las injusticias sociales. Igualmente importante es el aporte del Realismo y del Naturalismo a las tendencias literarias hispanoamericanas del siglo XX.

III

SELECCIÓN DE TEXTOS



Federico Gamboa (1864-1939)

TEXTOS DE ALBERTO BLEST GANA.

Hemos incluido los capítulos II y VI de la novela *Martín Rivas*. En el capítulo II se describe cómo don Dámaso Encina hizo su fortuna. Se presentan también los demás miembros de la familia Encina. En el capítulo VI el narrador nos describe una tertulia en casa de don Dámaso. Entre otros temas de conversación se menciona la Sociedad de Igualdad y se ven las aspiraciones políticas de don Dámaso, representante de la burguesía rica. Los textos siguientes de Blest Gana se encuentran en Alberto Blest Gana, *Martín Rivas* (Madrid: Cátedra, 1983) pp. 64-68 y pp. 86-95.

Texto 1

- II -

La casa en donde hemos visto presentarse a Martín Rivas estaba habitada por una familia compuesta de don Dámaso Encina, su mujer, una hija de diez y nueve años, un hijo de veinte y tres, y tres hijos menores, que por entonces recibían la educación en el colegio de los padres franceses.

Don Dámaso se había casado a los veinte y cuatro años con doña Engracia Núñez, más bien por especulación que por amor. Doña Engracia, en ese tiempo, carecía de belleza; pero poseía una herencia de treinta mil pesos, que inflamó la pasión del joven Encina hasta el punto de hacerle solicitar su mano. Don Dámaso era dependiente de una casa de comercio en Valparaíso y no tenía más bienes de fortuna que su escaso sueldo. Al día siguiente de su matrimonio podía girar con treinta mil pesos. Su ambición desde ese momento no tuvo límites. Enviado por asuntos de la casa en que servía, don Dámaso llegó a Copiapó un mes después de casarse. Su buena suerte quiso que, al cobrar un documento de muy poco valor que su patrón le había endosado, Encina se encontrase con un hombre de bien que le dijo lo siguiente:

—Usted puede ejecutarme, no tengo con qué pagar. Mas si en lugar de cobrarme quiere usted arriesgar algunos medios, le firmaré a usted un documento por valor doble que el

de esa letra y cederé a usted la mitad de una mina que poseo y estoy seguro hará un gran alcance en un mes de trabajo.

Don Dámaso era hombre de reposo y se volvió a su casa sin haber dado ninguna respuesta ni en pro ni en contra. Consultóse con varias personas, y todas ellas le dijeron que don José Rivas, su deudor, era un loco que había perdido toda su fortuna persiguiendo una veta imaginaria.

Encina pesó los informes y las palabras de Rivas, cuya buena fe había dejado en su ánimo una impresión favorable.

-Veremos la mina -le dijo al día siguiente.

Pusieron en marcha y llegaron al lugar donde se dirigían, conversando de minas. Don Dámaso Encina veía flotar ante sus ojos, durante aquella conversación, las vetas, los mantos, los farellones, los panizos, como otros tantos depósitos de inagotable riqueza, sin comprender la diferencia que existe en el significado de aquellas voces. Don José Rivas tenía toda la elocuencia del minero a quien acompaña la fe después de haber perdido su caudal, y a su voz veía Encina brillar la plata hasta en las piedras del camino.

Mas, a pesar de esta preocupación, tuvo don Dámaso suficiente tiempo de arreglar en su imaginación la propuesta que debía hacer a Rivas en caso que la mina le agradase. Después de examinarla, y dejándose llevar de su inspiración. Encina comenzó su ataque.

-Yo no entiendo nada de esto -dijo-, pero no me desagradan las minas en general. Cédame usted doce barras y obtengo de mi patrón nuevos plazos para su deuda y quita de algunos intereses. Trabajaremos la mina a medias y haremos un contratito en el cual usted se obligue a pagarme el uno y medio por los capitales que yo invierta en la explotación y a preferirme por el tanto cuando usted quiera vender su parte o algunas barras.

Don José se hallaba amenazado de ir a la cárcel, dejando en el más completo abandono su mujer y a su hijo Martín, de un año de edad. Antes de aceptar aquella propuesta, hizo sin embargo algunas objeciones inútiles, porque Encina se

mantuvo en los términos de su proposición, y fue preciso firmar el contrato bajo las bases que éste había propuesto.

Desde entonces don Dámaso se estableció en Copiapó como agente de la casa de comercio de Valparaíso en la que había servido, y administró por su cuenta algunos otros negocios que aumentaron su capital. Durante un año, la mina costó sus gastos y don Dámaso compró poco a poco a Rivas toda su parte, quedando éste en calidad de administrador. Seis meses después de comprada la última barra sobrevino un gran alcance, y pocos años más tarde don Dámaso Encina compraba un valioso fondo de campo cerca de Santiago y la casa en que le hemos visto recibir al hijo del hombre a quien debía su riqueza.

Gracias a ésta, la familia de don Dámaso era considerada como una de las más aristocráticas de Santiago. Entre nosotros el dinero ha hecho desaparecer más preocupaciones de familia que en las viejas sociedades europeas. En éstas hay lo que llaman aristocracia de dinero, que jamás alcanza con su poder y su fausto a hacer olvidar enteramente la oscuridad de la cuna, al paso que en Chile vemos que todo va cediendo su puesto a la riqueza, la que ha hecho palidecer con su brillo el orgulloso desdén con que antes eran tratados los advenedizos sociales. Dudamos mucho que éste sea un paso dado hacia la democracia, porque los que cifran su vanidad en los favores ciegos de la fortuna, afectan ordinariamente una insolencia, con la que creen ocultar su nulidad, que les hace mirar con menosprecio a los que no pueden, como ellos, comprar la consideración con el lujo o con la fama de sus caudales.

La familia de don Dámaso Encina era noble en Santiago por derecho pecuniario, y como tal, gozaba de los miramientos sociales por la causa que acabamos de apuntar. Se distinguía por el gusto hacia el lujo, que por entonces principiaba a apoderarse de nuestra sociedad, y aumentaba su prestigio con la solidez del crédito de don Dámaso, que tenía por principal negocio el de la usura en grande escala, tan común entre los capitales chilenos.

Magnífico cuadro formaba aquel lujo a la belleza de Leonor, la hija predilecta de don Dámaso y de doña Engracia. Cualquiera que hubiese visto aquella niña de diez y nueve años en una pobre habitación, habría acusado de caprichosa a la suerte por no haber dado a tanta hermosura un marco correspondiente. Así es que al verla reclinada sobre un magnífico sofá forrado en brocatel celeste, al mirar reproducida su imagen en un lindo espejo al estilo de la edad media, y al observar su pie, de una pequeñez admirable, rozarse descuidado sobre una alfombra finísima, el mismo observador habría admirado la prodigalidad de la naturaleza en tan feliz acuerdo con los favores del destino. Leonor resplandecía rodeada de ese lujo como un brillante entre el oro y pedrerías de un rico aderezo. El color un poco moreno de su cutis y la fuerza de expresión de sus grandes ojos verdes, guarnecidos de largas pestañas, los labios húmedos y rosados, la frente pequeña, limitada por abundantes y bien plateados cabellos negros, las arqueadas cejas y los dientes para los cuales parecía hecha a propósito la comparación tan usada con las perlas; todas sus facciones, en fin, con el óvalo delicado del rostro, formaban en su conjunto una belleza ideal de las que hacen bullir la imaginación de los jóvenes y revivir el cuadro de pasadas dichas en la de los viejos.

Don Dámaso y doña Engracia tenían por Leonor la predilección de casi todos los padres por el más hermoso de sus hijos. Y ella, mimada desde temprano, se había acostumbrado a mirar sus perfecciones como un arma de absoluto dominio entre los que la rodeaban, llevando su orgullo hasta oponer sus caprichos al carácter y autoridad de su madre.

Doña Engracia, con efecto, nacida voluntariosa y dominante, enorgullecida en su matrimonio por los treinta mil pesos, origen de la riqueza de que ahora disfrutaba la familia, se había visto poco a poco caer bajo el ascendiente de su hija, hasta el punto de mirar con indiferencia al resto de su familia, y no salvar incólume de aquella silenciosa y prolongada lucha doméstica más que amor a los perritos falderos y

su aversión hacia todo abrigo, hija de su temperamento sanguíneo.

En la época en que principia esta historia, la familia Encina acababa de celebrar con un magnífico baile la llegada de Europa del joven Agustín, que había traído del viejo mundo gran acopio de ropa y alhajas, en cambio de los conocimientos que no se había cuidado de adquirir en su viaje. Su pelo rizado, la gracia de su persona y su perfecta elegancia, hacían olvidar lo vacío de su cabeza y los treinta mil pesos invertidos en hacer pasear la persona del joven Agustín por los enlosados de las principales ciudades europeas.

Además de este joven y de Leonor, don Dámaso tenía otros hijos, de cuya descripción nos abstendremos por su poca importancia en esta historia.

La llegada de Agustín y algunos buenos negocios habían predispuerto el ánimo de don Dámaso hacia la benevolencia con que le hemos visto acoger a Martín Rivas y hospedarle en casa. Estas circunstancias le habían hecho también olvidar su constante preocupación de la higiene, con la que pretendía conservar su salud, y entregarse con entera libertad de espíritu a las ideas de política que, bajo la forma de su vehemente deseo de ocupar un lugar en el Senado, inflamaban el patriotismo de este capitalista.

Por esta razón había pedido los periódicos después de la benévola acogida que acaba de hacer al joven provinciano.

Texto 2

– VI –

A la misma hora en que Martín Rivas era llevado preso, el salón de don Dámaso Encina resplandecía de luces que alumbraban a la diaria concurrencia de tertulianos.

En un sofá conversaba doña Engracia con una señora, hermana de don Dámaso y madre de una niña que ocupaba otro sofá con Leonor y el elegante Agustín. En un rincón de la pieza vecina rodeaban una mesa de malilla don Dámaso y tres caballeros de aspecto respetable y encanecidos cabellos.

Al lado de la mesa se hallaba como observador el joven Mendoza, uno de los adoradores de Leonor.

Doña Engracia conversaba con su cuñada doña Francisca Encina sobre las habilidades de Diamela y sus progresos en la lengua de Vaugelas y de Voltaire, mientras que un hijo de doña Francisca, perteneciente a la categoría de los niños regalones, se divertía en tirar la cola y las orejas de la favorita de su tía.

La niña que conversaba con Leonor formaba con ella un contraste notable por su fisonomía. Al ver su rubio cabello, su blanca tez y sus ojos azules, un extranjero habría creído que no podía pertenecer a la misma raza que la joven algo morena y de negros cabellos que se hallaba a su lado, y mucho menos que entre Leonor y su prima, Matilde Elías, existiese tan estrecho parentesco. La fisonomía de esta niña revelaba además cierta languidez melancólica, que contrastaba con la orgullosa altivez de Leonor, y aunque la elegancia de su vestido no era menos que la de ésta, la belleza de Matilde se veía apagada a primera vista al lado de la de su prima.

Las dos niñas tenían sus manos afectuosamente entrelazadas, cuando entró al salón Clemente Valencia.

—¡Ah!, ya viene este hombre con sus cadenas de reloj y sus brillantes, que huelen a capitalista de mal gusto —dijo Leonor.

El joven no se atrevió a quedarse al lado de las dos primas por el frío saludo con que la hija de don Dámaso contestó al suyo, y fue a sentarse al lado de las mamás.

—Sabes que te corren casamiento con él —dijo Matilde a su prima.

—¡Jesús! —contestó ésta—, ¿porque es rico?

—Y porque creen que tú le amas.

—Ni a él ni a nadie —replicó Leonor con acento desdeñoso.

—¿A nadie? ¿Y a Mendoza? —preguntó Matilde.

—La verdad, Matilde, ¿tú has estado enamorada alguna vez? —dijo Leonor mirando fijamente a su prima.

Ésta se ruborizó en extremo y no contestó.

—Cuando te ibas a casar, ¿sentías por Adriano ese amor de que hablan las novelas? —continuó su prima.

—No —contestó ésta.

—¿Y por Rafael San Luis?

Matilde volvió a ruborizarse sin contestar.

—Mira, nunca me había atrevido a hacerte esta pregunta. Tú me dijiste hace tiempo que amabas a Rafael; luego te negaste a toda confianza y después te vi preparar tus vestidos de novia para casarte con Adriano. ¿A cuál de los dos amabas? A ver, cuéntame lo que ha sucedido. Ya hace más de un año que murió tu novio y me parece que es bastante tiempo para que estés haciendo papel de viuda sin serlo y el de reservada con tu mejor amiga. ¿Me dices que no amabas a Adriano?

—No.

—Entonces, no habías olvidado a Rafael.

—¿Podía olvidarle? ¿Y puedo acaso ahora mismo? —contestó Matilde, en cuyos párpados asomaron dos lágrimas, que ella trató de reprimir.

—¿Y por qué le abandonaste entonces?

—Tú conoces la severidad de mi padre.

—¡Ah!, a mí no me obligaría nadie —exclamó Leonor con orgullo—, y menos amando a otro.

—Si no hubieras amado nunca, como sostienes, no dirías esto último —replicó Matilde.

—La verdad; nunca he amado, a lo menos según la idea que tengo del amor. A veces me ha gustado un joven, pero nunca por mucho tiempo. Ese empeño con que los hombres exigen que se les corresponda, me fastidia. Encuentro en eso algo de la superioridad que pretenden tener sobre nosotras y esta idea hace replegarse mi corazón. Aún no he encontrado al hombre que tenga bastante altivez para despreciar el prestigio del dinero y bastante orgullo para no rendirse ante la belleza.

—Yo jamás me he hecho reflexiones sobre esto —dijo Matilde—. Amé a Rafael desde que le vi y le amo todavía.

—¿Y has hablado con él, después que la muerte de Adriano te dejó libre?

—No, ni me atrevería a hablarle. No tuve fuerzas para desobedecer a mi padre y así tiene derecho para despreciarme. A veces le he encontrado en la calle: está pálido y buen mozo como siempre. Te aseguro que me he sentido desfallecer a su vista, y él ha pasado sin mirarme, con esa frente altanera que lleva con tanta gracia.

Leonor oía con placer la exaltación con que su prima hablaba de sus amores y pensaba que debía ser muy dulce para el alma ese culto entusiasta y poético que llena todo el corazón.

—De modo que crees que ya no te ama —dijo.

—Así lo creo —contestó Matilde, dando un suspiro.

—¡Pobre Matilde! Mira, yo quisiera amar como tú, aunque fuera sufriendo así.

—¡Ah, tú no has sufrido! No lo deseas.

—Yo preferiría mil veces ese tormento a la vida insípida que llevo. A veces he llorado, creyéndome inferior a las demás mujeres. Todas mis amigas tienen amores y yo nunca he pensado dos días seguidos en el mismo hombre.

—Así serás feliz.

—¡Quién sabe! —murmuró Leonor pensativa.

Un criado anunció que el té estaba pronto, y todos se dirigieron a una pieza contigua a la que ocupaban los jugadores de malilla.

Dijimos que éstos eran tres con el dueño de casa. Los dos otros eran un amigo de don Dámaso llamado don Simón Arenal y el padre de Matilde, don Fidel Elías. Estos últimos eran el tipo del hombre parásito en política que vive siempre al arrimo de la autoridad y no profesa más credo político que su conveniencia particular y una ciega adhesión a la gran palabra *Orden* realizada en sus más restrictivas consecuencias. La arena política de nuestro país está empedrada con esta clase de personajes, como pretenden algunos que lo está el infierno con buenas intenciones, sin que pretendamos, por esto, establecer un símil entre nuestra política y el infierno, por más que les encontremos muchos puntos

de semejanza. Don Simón Arenal y don Fidel Elías aprobaban sin examen todo golpe de autoridad, y calificaban con desdeñosos títulos de revolucionarios y demagogos a los que, sin estar constituidos en autoridad, se ocupan de la cosa pública. Hombres serios, ante todo, no aprobaban que la autoridad permitiese la existencia de la prensa de oposición y llamaban a la opinión pública una majadería de «pipiolos», comprendiendo bajo este dictado a todo el que se atrevía a levantar la voz sin tener casa, ni hacienda, ni capitales a interés.

Estas opiniones autoritarias, que los dos amigos profesaban en virtud de su conveniencia, habían acarreado algunos disgustos domésticos a don Fidel Elías; doña Francisca Encina, su mujer, había leído algunos libros y pretendía pensar por sí sola, violando así los principios sociales de su marido, que miraba todo libro como inútil, cuando no pernicioso. En su cualidad de letrada, doña Francisca era liberal en política, y fomentaba esta tendencia en su hermano, a quien don Fidel y don Simón no habían aún podido conquistar enteramente para el partido del orden, que algunos han llamado con cierta gracia, en tiempos posteriores, el partido de los *energistas*.

Sentados a la mesa del té todos estos personajes, la conversación tomó distinto giro en cada uno de los grupos que componían, según sus gustos y edades.

Doña Engracia citaba a su cuñada la escena de la comedia, para probar que Diamela entendía el francés, a lo cual contestaba doña Francisca citando algunos autores que hablaban de la habilidad de la raza canina.

Leonor y su prima formaban otro grupo con los jóvenes; y don Dámaso ocupaba la cabecera de la mesa con su amigo y su cuñado.

—Convéncete, Dámaso —decíale don Fidel—, esta sociedad de la Igualdad es una pandilla de descamisados que quieren repartirse nuestras fortunas.

—Y sobre todo —decía don Simón, a quien el gobierno nombraba siempre para diversas comisiones—, los que hacen oposición es porque quieren empleo.

—Pero hombre —replicaba don Dámaso—, ¿y las escuelas que funda esa sociedad para educar al pueblo?

—¡Qué pueblo, ni qué pueblo! —contestaba don Fidel—. Es el peor mal que pueden hacer, estar enseñando a ser caballeros a esa pandilla de rotos.

—*Si yo fuese gobierno* —dijo don Simón—, no los dejaba reunirse nunca. ¿A dónde vamos a parar con que todos se meten en política?

—¡Pero si son tan ciudadanos como nosotros! —replicó don Dámaso.

—Sí, pero ciudadanos sin un centavo, ciudadanos hambrientos —repuso don Fidel.

—Y entonces para qué estamos en República —dijo doña Francisca, mezclándose en la conversación.

—Ojalá no lo estuviéramos —contestó su marido.

—¡Jesús! —exclamó escandalizada la señora.

—Mira, hija, las mujeres no deben hablar de política —dijo sentenciosamente don Fidel.

Esta máxima fue aprobada por el grave don Simón, que hizo con la cabeza una señal afirmativa.

—A las mujeres las flores y la *tualeta*, querida tía —le dijo Agustín, que oyó la máxima de don Fidel.

—Este niño ha vuelto más tonto de Europa —murmuró picada la literata.

—En días pasados —dijo don Simón a don Dámaso— un ministro me hablaba de usted, preguntándome si era opositor.

—¡Yo opositor! —exclamó don Dámaso—, nunca lo he sido; yo soy independiente.

—Era para darle, según creo, una comisión.

Don Dámaso se quedó pensativo, arrepintiéndose de su respuesta.

—¿Y qué comisión era? —preguntó.

—No recuerdo ahora —contestó don Simón—. Usted sabe que el gobierno busca la gente de valer para ocuparla y...

—Y tiene razón —dijo don Dámaso—, es el modo de establecer la autoridad.

—Mira, Leonor, ya están conquistando a tu papá —dijo doña Francisca.

—No, a mí no me conquistan, hija —replicó don Dámaso—; siempre he dicho que los gobiernos deben emplear gente conocida.

—Yo no pierdo la esperanza de verte de Senador —dijo don Fidel.

—No aspiro a eso —repuso don Dámaso—; pero si los pueblos me eligen...

—Aquí los que eligen son los gobiernos —observó doña Francisca.

—Y así debe ser —replicó don Fidel—; de otro modo no se podría gobernar.

—Para gobernar así, mejor sería que nos dejaran en paz —dijo doña Francisca.

—Pero, mujer —replicó su marido—, ya te he dicho que ustedes no deben ocuparse de política.

Don Simón aprobó por segunda vez, y doña Francisca se volvió con desesperación hacia su cuñada.

Después del té la tertulia volvió al salón, donde siguieron la conversación política los papás y los jóvenes rodearon a Leonor, que se sentó al lado de una mesa. Sobre ésta se veía un hermoso libro con tapas incrustadas de nácar.

—Mira, Leonor —le dijo su hermano—, ya te han *aportado* tu álbum, que me dijiste habías prestado.

—¿No le tenía usted? —preguntó Leonor con indiferencia a Emilio Mendoza.

—Lo he traído esta noche, señorita, como había prometido a usted.

—¿Lo llevó usted para ponerle versos? —preguntó Clemente Valencia a su rival—. Yo nunca he podido aguantar los versos —añadió el capitalista haciendo sonar la cadena de su reloj.

—Ni *moi* tampoco —dijo el elegante Agustín.

—A ver el álbum —dijo doña Francisca abriendo el libro.

—Tía, si son *morsoes* literarios —exclamó Agustín—, mejor sería que hiciesen un poco de música.

–Lea, mamá –dijo Matilde–, hay mayoría por lo que mi primo llama *morsoes* literarios.

Doña Francisca abrió en una página.

–Aquí hay unos versos –dijo–, y son del señor Mendoza.

–¡Tú haces versos querido! –le dijo Agustín–, ¿qué estás enamorado?

Emilio se puso colorado, y lanzó una mirada a Leonor, que pareció no haberla visto.

–Es una composición corta –dijo doña Francisca, que ardía en deseos de que la oyesen leer.

–*Parta* pues tía –le dijo Agustín.

Doña Francisca, con voz afectada y acento sentimental, leyó:

A los ojos de...

Más dulces habéis de ser
Si me volvéis a mirar,
Porque es malicia a mi ver,
Siendo fuente de placer,
Causarme tanto pesar.

De seso me tiene ajeno
El que en suerte tan cruel
Sea ese mirar sereno
Solo para mí veneno,
Siendo para todos miel.

Si amando os puedo ofender,
Venganza podéis tomar,
Pues es fuerza os haga ver
Que, o no os dejo de querer,
O me acabáis de matar.

Si es la venganza medida
Por mi amor, a tal rigor
El alma siento rendida;
Porque es muy poco una vida
Para vengar tanto amor.

Emilio Mendoza.

Al concluir esta lectura Emilio Mendoza dirigió una lánguida mirada a Leonor como diciéndola: «Usted es la diosa de mi inspiración».

—Y ¿en cuánto tiempo ha hecho usted estos versos? —le dijo doña Francisca.

—Esta mañana los he concluido —contestó Mendoza, con afectada modestia, cuidándose muy bien de decir que sólo había tenido el trabajo de copiarlos de una composición del poeta español Campoamor, entonces poco conocido en Chile.

—Aquí hay algo en prosa —dijo doña Francisca—: «La humanidad camina hacia el progreso, girando en un círculo que se llama amor y que tiene por centro el ángel que apellidan mujer». ¡Qué lindo pensamiento! —dijo con aire vaporoso doña Francisca.

—Sí, para el que lo entienda —replicó Clemente Valencia.

Continuó por algún tiempo doña Francisca hojeando el libro, en cuyas páginas, llenas de frases vacías o de estrofas que concluían pidiendo un poco de amor a la dueña del álbum, ella se detenía con entusiasmo.

—Si dejan a mi tía con el libro, es capaz de trasnochar —dijo Agustín a su amigo Valencia.

Don Fidel dio la señal de retirada tomando su sombrero.

—¿Sabes que Dámaso me ha dado a entender que le gustaría que su hijo se aficionase a Matilde? —dijo a doña Francisca cuando estuvieron en la calle—. Agustín es un magnífico partido.

—Es un muchacho tan insignificante —contestó doña Francisca, recordando la poca afición de su sobrino a la poesía.

—¿Cómo? ¡Insignificante, y su padre tiene cerca de un millón de pesos! —replicó con calor el marido.

Doña Francisca no contestó a la positivista opinión de su esposo.

—Un casamiento entre Matilde y Agustín sería para nosotros una gran felicidad —prosiguió don Fidel—. Figúrate, hija, que el año entrante termina el arriendo que tengo del Roble, y que su dueño no quiere prorrogarme este arriendo.

—Hasta ahora la tal hacienda del Roble no te ha dado mucho —dijo doña Francisca.

—Ésta no es la cuestión —replicó don Fidel—, yo me pongo en el caso que termine el arriendo. Casando a Matilde con Agustín, además que aseguramos la suerte de nuestra hija, Dámaso no me negará su fianza, como ya lo ha hecho, para cualquier negocio.

—En fin, tú sabrás lo que haces —contestó con enfado la señora, indignada del prosaico cálculo de su marido.

Lo restante del camino lo hicieron en silencio hasta llegar a la casa que habitaban.

Volveremos nosotros a don Dámaso y a su familia, que quedaron solos en el salón.

—Y nuestro alojado, ¿qué se habrá hecho? —preguntó el caballero.

Un criado, a quien se llamó para hacer esta pregunta, contestó que no había llegado aún.

—No será mucho que se haya perdido —dijo don Dámaso.

—¡En Santiago! —exclamó Agustín con admiración—, en París sí que es fácil *egarse*.

—He pensado —dijo don Dámaso a su mujer— que Martín puede servirme mucho, porque necesito una persona que lleve mis libros.

—Parece un buen jovencito y me gusta porque no fuma —respondió doña Engracia.

Martín, con efecto, había dicho que no fumaba cuando, después de comer, don Dámaso le ofreció un cigarro, en un raptó de republicanismo. Mas, al despedirse, sus amigos le dejaban medio curado ya de sus impulsos igualitarios con la noticia de que un Ministro se había ocupado de él para encomendarle una comisión.

—Después de todo —pensaba al acostarse don Dámaso—, ¡estos liberales son tan exagerados!

TEXTOS DE CLORINDA MATTO DE TURNER.

Hemos incluido el “Proemio” y el capítulo II de la primera parte de la primera novela indigenista *Aves sin nido*. En el “Proemio” la escritora declara sus objetivos, mientras en el capítulo II la india, Marcela, revela a la recién llegada, Lucía, la explotación que sufren los indios en el pueblo peruano por las autoridades religiosas y civiles. Los textos siguientes de Turner se encuentran en Clorinda Matto de Turner, *Aves sin nido*. Dora Sales Salvador, ed. (Castelló: Ellago, 2006), pp. 93-94 y pp. 98-102.

Texto 3 Proemio

Si la historia es el espejo donde las generaciones por venir han de contemplar la imagen de las generaciones que fueron, la novela tiene que ser la fotografía que estereotipe los vicios y las virtudes de un pueblo, con la consiguiente moraleja correctiva para aquéllos y el homenaje de admiración para éstas.

Es tal, por esto, la importancia de la novela de costumbres, que en sus hojas contiene muchas veces el secreto de la reforma de algunos tipos, cuando no su extinción.

En los países en que, como el nuestro, la Literatura se halla en su cuna, tiene la novela que ejercer mayor influjo en la morigeración de las costumbres, y, por lo tanto, cuando se presenta una obra con tendencias levantadas a regiones superiores a aquéllas en que nace y vive la novela cuya trama es puramente amorosa o recreativa, bien puede implorar la atención de su público para que extendiéndole la mano la entregue al pueblo.

¿Quién sabe si después de doblar la última página de este libro se conocerá la importancia de observar atentamente el personal de las autoridades, así eclesiásticas como civiles, que vayan a regir los destinos de los que viven en las apartadas poblaciones del interior del Perú?

¿Quién sabe si se reconocerá la necesidad del matrimonio de los curas como una exigencia social?

Para manifestar esta esperanza me inspiro en la exactitud con que he tomado los cuadros, del natural, presentando al lector la copia para que él juzgue y falle.

Amo con amor de ternura a la raza indígena, por lo mismo que he observado de cerca sus costumbres, encantadoras por su sencillez, y la abyección a que someten esa raza aquellos mandones de villorrio, que, si varían de nombre, no degeneran siquiera del epíteto de tiranos. No otra cosa son, en lo general, los curas, gobernadores, caciques y alcaldes.

Llevada por este cariño, he observado durante quince años multitud de episodios que, a realizarse en Suiza, la Provenza o la Saboya, tendrían su cantor, su novelista o su historiador que los inmortalizase con la lira o la pluma, pero que, en lo apartado de mi patria, apenas alcanzan el descolorido lápiz de una hermana.

Repito que al someter mi obra al fallo del lector, hágolo con la esperanza de que ese fallo sea la idea de mejorar la condición de los pueblos chicos del Perú; y aun cuando no fuese otra cosa que la simple conmiseración, la autora de estas páginas habrá conseguido su propósito, recordando que en el país existen hermanos que sufren, explotados en la noche de la ignorancia, martirizados en esas tinieblas que piden luz; señalando puntos de no escasa importancia para los progresos nacionales y *haciendo*, a la vez, literatura peruana.

Clorinda Matto de Turner

Texto 4

Primera parte – Capítulo II

En aquella mañana descrita, cuando recién se levantaba el sol de su tenebroso lecho, haciendo brincar, a su vez, al ave y a la flor, para saludarle con el vasallaje de su amor y gratitud, cruzaba la plaza un labrador arreando su *yunta* de bueyes, cargado de los arreos de labranza y la provisión alimenticia del día. Un *yugo*, una *picana* y una *coyunta* de cuero para el trabajo, la tradicional *chuspa* tejida de colores, con las hojas de coca y los bollos de *llipta* para el desayuno.

Al pasar por la puerta del templo, se sacó reverente la monterilla franjeada, murmurando algo semejante a una invocación: y siguió su camino, pero, volviendo la cabeza de trecho en trecho, mirando entristecido la choza de la cual se alejaba.

¿Eran el temor o la duda, el amor o la esperanza, los que agitaban su alma en aquellos momentos?

Bien claro se notaba su honda impresión.

En la tapia de piedras que se levanta al lado Sur de la plaza, asomó una cabeza, que, con la ligereza del zorro, volvió a esconderse detrás de las piedras, aunque no sin dejar conocer la cabeza bien modelada de una mujer, cuyos cabellos negros, largos y lacios, estaban separados en dos crenchas, sirviendo de marco al busto hermoso de tez algo cobriza, donde resaltaban las mejillas coloreadas de tinte rojo, sobresaliendo aún más en los lugares en que el tejido capilar era abundante.

Apenas hubo perdido el labrador en la lejana ladera de *Cañas*, la cabeza escondida detrás de las tapias tomó cuerpo saltando a este lado. Era una mujer rozagante por su edad, y notable por su belleza peruana. Bien contados tendría treinta años, pero su frescura ostentaba veintiocho primaveras a lo sumo. Estaba vestida con una *pollerita* flotante de bayeta azul oscuro y un corpiño de pana café, adornado al cuello y bocamangas con franjas de plata falsa y botones de hueso, ceñía su talle.

Sacudió lo mejor que pudo la tierra barrosa que cayó sobre su ropa al brincar la tapia y en seguida se dirigió a una casita blanquecina cubierta de tejados, en cuya puerta se encontraba una joven, graciosamente vestida con una bata de granadina color plomo, con blondas de encaje, cerrada por botonadura de concha de perla, que no era otra que la señora Lucía, esposa de don Fernando Marín, matrimonio que había ido a establecerse temporalmente en el campo.

La recién llegada habló sin preámbulos a Lucía y le dijo:

—En nombre de la Virgen, *señoracha*, ampara el día de hoy a toda una familia desgraciada. Ese que ha ido al campo

cargado con las *cacharpas* del trabajo, y que pasó junto a ti, es Juan Yupanqui, mi marido, padre de dos muchachitas. ¡Ay señoracha!, él ha salido llevando el corazón medio muerto, porque sabe que hoy será la *visita del reparto*, y como el cacique hace la faena del sembrío de cebada, tampoco puede esconderse porque a más del encierro sufriría la multa de ocho reales por la *falla*, y nosotros no tenemos plata. Yo me quedé llorando cerca de *Rosacha* que duerme junto al fogón de la choza y de repente mi corazón me ha dicho que tú eres buena; y sin que sepa Juan vengo a implorar tu socorro, por la Virgen, señoracha, ¡ay, ay!

Las lágrimas fueron el final de aquella demanda, que dejó entre misterios a Lucía, pues residiendo pocos meses en el lugar, ignoraba las costumbres y no apreciaba en su verdadero punto la fuerza de las cuitas de la pobre mujer, que desde luego despertaba su curiosidad.

Era preciso ver de cerca aquellas desheredadas criaturas, y escuchar de sus labios, en su expresivo idioma, el relato de su actualidad, para explicarse la simpatía que brota sin sentirlo en los corazones nobles, y cómo se llega a ser parte en el dolor, aun cuando sólo el interés del estudio motive la observación de costumbres que la mayoría de peruanos ignoran y, que lamenta un reducido número de personas.

En Lucía era general la bondad, y creciendo desde el primer momento el interés despertado por las palabras que acababa de oír, preguntó:

—¿Y quién eres tú?

—Soy Marcela, señoracha, la mujer de Juan Yupanqui, pobre y desamparada —contestó la mujer secándose los ojos con la bocamanga del jubón o corpiño.

Lucía púsole la mano sobre el hombro con ademán cariñoso, invitándola a pasar y tomar descanso en el asiento de piedras que existe en el jardín de la casa blanca.

—Siéntate, Marcela, enjuga tus lágrimas que enturbian el cielo de tu mirada, y, hablemos con calma —dijo Lucía, vivamente interesada en conocer a fondo las costumbres de los indios.

Marcela calmó su dolor, y, acaso con la esperanza de su salvación, respondió con minucioso afán al interrogatorio de Lucía y fue cobrando confianza tal, que la habría contado hasta sus acciones reprobables, hasta esos pensamientos malos, que en la humanidad son la exhalación de los gérmenes viciosos. Por eso en dulce expansión le dijo:

—Como tú no eres de aquí, *niñay*, no sabes los martirios que pasamos con el cobrador, el cacique y el *tata cura*, ¡ay!, ¡ay! ¿Por qué no nos llevó la *Peste* a todos nosotros, que ya dormiríamos en la tierra?

—¿Y por qué te confundes, pobre Marcela? —interrumpió Lucía—. Habrá remedio; eres madre y el corazón de las madres vive en una sola tantas vidas como hijos tiene.

—Sí, *niñay* —replicó Marcela—, tú tienes la cara de la Virgen a quien rezamos el Alabado y por eso vengo a pedirle. Yo quiero salvar a mi marido. Él me ha dicho al salir: «Uno de estos días he de arrojarme al río porque ya no puedo con mi vida, y quisiera matarte a ti antes de entregar mi cuerpo al agua», y ya tú ves, señoracha, que esto es desvarío.

—Es pensamiento culpable, es locura, ¡pobre Juan! —dijo Lucía con pena, y dirigiendo una mirada escudriñadora a su interlocutora, continuó—: Y ¿qué es lo más urgente de hoy? Habla, Marcela, como si hablaras contigo misma.

—El año pasado —repuso la india con palabra franca—, nos dejaron en la choza diez pesos para dos quintales de lana. Ese dinero lo gastamos en la *Feria* comprando estas cosas que llevo puestas, porque Juan dijo que reuniríamos en el año vellón a vellón, mas esto no nos ha sido posible por las *faenas*, donde trabaja sin socorro; y porque muerta mi suegra en Navidad, el *tata cura* nos embargó nuestra cosecha de papas por el entierro y los rezos. Ahora tengo que entrar de *mita* a la casa parroquial, dejando mi choza y mis hijas, y mientras voy, ¿quién sabe si Juan delira y muere? ¡Quién sabe también la suerte que a mí me espera, porque las mujeres que entran de *mita* salen... mirando al suelo!

—¡Basta!, no me cuentes más —interrumpió Lucía, espantada por la gradación que iba tomando el relato de Marcela, cuyas últimas palabras alarmaron a la candorosa paloma, que en los seres civilizados no encontraba más que monstruos de codicia y aun de lujuria.

—Hoy mismo hablaré con el gobernador y con el cura, y tal vez mañana quedarás contenta —prometió la esposa de don Fernando, y agregó como despidiendo a Marcela—: Anda ahora a cuidar de tus hijas, y cuando vuelva Juan tranquilízalo, cuéntale que has hablado conmigo, y dile que venga a verme.

La india, por su parte, suspiraba satisfecha por primera vez en su vida.

Es tan solemne la situación del que en la suprema desgracia encuentra una mano generosa que le preste apoyo, que el corazón no sabe si bañar de lágrimas o cubrir de besos la mano cariñosa que le alargan, o sólo prorrumper en gritos de bendición. Eso pasaba en aquellos momentos en el corazón de Marcela.

Los que ejercitan el bien con el desgraciado no pueden medir nunca la magnitud de una sola palabra de bondad, una sonrisa de dulzura que para el caído, para el infeliz, es como el rayo de sol que vuelve la vida a los miembros entumecidos por el hielo de la desgracia.

TEXTO DE EUGENIO CAMBACERES.

Hemos incluido el primer capítulo de la novela *Música sentimental* en el que se describe la llegada de los protagonistas y de otros emigrantes al puerto de Burdeos. París se compara a un “mercado gigantesco de carne viva”.

El fragmento de la novela *Música sentimental* de Cambaceres se encuentra en Eugenio Cambaceres, *Música sentimental*. (Buenos Aires: Minerva, 1924).

Texto 5

Capítulo I

El «Orénoque», de la compañía «MESSAGERIES MARITIMES», acababa de fondear frente a Pauillac con carga-

mento general de mercaderías humanas procedentes del Río de la Plata y escalas del Brasil.

Lotes de pueblo vasco, hacienda cerril atracada por montones, en tropa, al muelle de pasajeros de Buenos Aires, diez o quince años antes, con un atado de trapos de coco azul sobre los hombros y zapatos de herraduras en los pies.

Lecheros, horneros y ovejeros trasformados con la vuelta de los tiempos y la ayuda paciente y resignada de una labor bestial, en caballeros capitalistas que se vuelven a su tierra pagándose pasajes de primera para ellos y sus crías, pero siempre tan groseros y tan bárbaros como Dios los echó al mundo.

Surtido de portugueses y brasileros alzados en Río, Bahía y Pernambuco. Gentes blandujas y fofas como la lengua que hablan.

Pasan su vida abordo descuajados sobre asientos de paja, comiendo y vomitando mangos y, aunque entre ellos suele haber uno que otro que medio pasa, en cambio, la casi totalidad enferma es vulgar, dejada y sucia.

Cuestión de sangre y cuestión de temperatura.

Tenderos franceses y almaceneros españoles en busca de sus respectivas pacotillas.

Media docena de arrastradas, albañales de détritrus humanos.

Y, por último, uno que otro particular decente que, solo o con su familia, viaja por quehacer o diversión.

Toda esta masa híbrida del gusano-rey se agita, se codea, se empuja y se agolpa confundida por entre altos de baúles y maletas, en una atmósfera de entrepuente, amasada con peste de bodega, aceite rancio de máquina y agrio de sudor.

Es que acaba de oírse el silbato de la lancha a que van a ser pasados para llegar a Burdeos y nadie quiere quedarse atrás, lo que no importa, por supuesto, que nadie llegue primero.

Entre los presentes estoy yo y está el héroe de mi cuento.

¿Qué es?

En globo, uno que va a liquidar sus capitales ese mercado gigantesco de carne viva que se llama París.

En detalle, un hombre nacido en Buenos Aires; ha heredado de sus padres veinte mil duros de renta y de la suerte, un alma adocenada y un físico atrayente.

En buenas manos, habría tenido, acaso, nociones de generosidad y de nobleza, talentos posibles a veinticinco años, sobre todo cuando se nace de pie, se va viviendo sin la lucha por la vida y se aprende honradez y dignidad como un adorno, como se aprende equitación o esgrima, sin que cueste.

Mezcla de criolla con sangre pura bretón, el cruzamiento había dado un ejemplar mestizo notable por la belleza robusta de las formas del norte bronceadas al fuego del mediodía.

Pablo podía, en suma, llegar a ser lo que se llama en el *argot* de los bajos fondos mundanos donde iba a zambullirse de cabeza, un tipo a *toquades*.

Nos trasbordamos:

—Venga a almorzar conmigo, le dijo.

—¿Adónde?

—Abajo.

—¡Hum!... me parece más prudente esperar a que lleguemos a Burdeos.

—No tenga miedo; en Francia, hasta los zonzos saben comer.

—Es que yo quisiera ver esto, insistió, señalando las costas del río.

—Lo que esto tiene que ver es el vino que produce y el vino se ve en la mesa.

En cuanto al río, proseguí, es un pedazo del Paraná, angosto y con agua sucia.

Se diría que necesitando tierra, aquí donde no caben, le hubieran revuelto el fondo al apretarlo.

Desprendidos del trasatlántico, habíamos andado apenas pocas millas, cuando un chaparrón como baño de lluvia, de esos que se desgajan de golpe, puso en derrota a la distinguida concurrencia, precipitándola puente abajo hasta el *trou*

disfrazado con el pomposo nombre de cámara donde Pablo y yo nos encontrábamos y, donde con aquella invasión de bárbaros, vinimos a quedar como unos encima de otros.

—Sabe, me decía mi compañero entre una docena de ostras y una botella de Chablis que nos vimos obligados a tragar de perfil, no pudiendo hacerlo de frente, que el vehículo este estaría bueno, cuando más, para las alturas de Goya o la Asunción, pero que no se explica entre gente que tiene fama de entender la biblia!

—Precisamente porque estos la entienden mejor que nadie y son muy prácticos, mi querido señor, es que no nos tratan como a cristianos, sino que nos echan a tierra en cuenta de bestias, metidos en una especie de chiquero viejo.

Hace veinticinco años que experimenté por primera vez el sistema y debo declarar en honor a la verdad que han tenido el talento de conservarlo religiosamente intacto.

Ni una silla en que poder sentarse, ni una lona sobre cubierta, ni un palmo de aire potable en esta cueva infecta y sofocada.

Pero, ¿qué se le importa a la empresa del pasajero con quien trafica y de sus anchas, si no le han de pagar un medio más, ni ha de recibir por eso un medio menos?

Llega Vd., téngalo entendido y no lo olvide para su gobierno, a la tierra donde los hombres andan a la cabeza de los demás; donde, desde el lujo que halaga la vanidad, hasta el agua que apaga la sed, todo en el comercio de la vida, reduce a un problema de aritmética cuya más simple expresión es la siguiente: sacar el quilo al prójimo, esquilmarlo, explotarlo, quitarle hasta la camisa, si es posible, con esta limitación: guardar las formas, es decir, manejarse de manera que no tenga derecho a terciar la policía, deslinde de la honradez individual; donde los más nobles impulsos, las necesidades más íntimas del corazón y del alma, el hogar, la familia, se convierten en un asunto de plata que irrita; donde se llega hasta decir: Fulano ha hecho un magnífico negocio, se ha casado con tantas mil libras de renta, aunque esas tantas

mil libras de renta vengan a ser el precio de su porvenir y de su vida indecentemente vendidos a un ser enfermizo y ruin y, de ese pacto monstruoso, salgan hijos escrofulosos y raquíticos.

Pisa Vd., en suma, la latitud del globo, donde más echada a perder está la cría.

¿Por qué, tiene acaso ella la culpa, lleva en sí, más que otra cualquiera, el germen del vicio, causa de su propia corrupción?

No, sin duda.

Es un fenómeno perfectamente natural y perfectamente lógico.

La población se amontona hasta estorbarse; el exceso mismo del progreso trae aparejada la más cruel dificultad en los medios de existencia —solo el *lazzarone* y el paria se conforman con vestirse de andrajos y alimentarse de cáscaras —aferrado a la vida por instinto y a la vida sin privaciones ni miserias, pedir, entonces, al hombre que viva para los demás es un absurdo.— ¡Feliz cuando consigue a duras penas vivir para él mismo!

De ahí que no dé nada, si nada le dan a él y que, dando uno, quiera agarrarse mil; de ahí el imperio de un egoísmo absoluto; de ahí la relajación moral; de ahí la degradación de la especie, tanto más grande y más completa, cuanto mayor es el grado de civilización que se alcanza.

Ahora, repróchele, si se atreve, al pueblo francés ser el primer pueblo del mundo...

Lormont, dije después de un silencio, mirando afuera por el tragaluz que tenía en frente.

Nos faltan diez minutos de camino. Subamos si quiere ver la entrada del puerto y el aspecto de la ciudad.

Esa misma tarde tomé el rápido y, después de zangolotearme infamemente toda la noche sin conseguir pegar los ojos, acaso porque alquilé un *sleeping-car*, o sea, carro al uso personal de los que quieren dormir, llegué a las cinco de la mañana a París.

TEXTO DE FEDERICO GAMBOA.

Hemos incluido el primer capítulo de la primera parte de la novela *Santa*, en el que se describe el barrio con los prostíbulos. El fragmento de la novela *Santa* de Gamboa se encuentra en Federico Gamboa, *Santa*, Javier Ordiz, ed. (Madrid: Cátedra, 2002).

Texto 6

—Aquí es —dijo el cochero deteniendo de golpe a los caballos, que sacudieron la cabeza hostigados por lo brusco del movimiento.

La mujer asomó la cara, miró a un lado y otro de la portezuela, y como si dudase o no reconociese el lugar, preguntó admirada:

—¡Aquí...! ¿En dónde...?

El cochero, contemplándola canallamente desde el pescante, apuntó con el látigo tendido:

—Allí, al fondo, aquella puerta cerrada.

La mujer saltó del carruaje, del que extrajo un lío de mezquino tamaño; metióse la mano en el bolsillo de su enagua y le alargó un duro al auriga:

—Cóbrense usted.

Muy lentamente y sin dejar de mirarla, el cochero se puso en pie, sacó diversas monedas del pantalón que recontó luego en el techo del vehículo y, por último, le devolvió su peso:

—No me alcanza; me pagará usted otra vez, cuando me necesite por la tarde. Soy del sitio de San Juan de Letrán, número 317, y bandera colorada. Sólo dígame usted cómo se llama...

—Me llamo Santa, pero cóbrense usted; no sé si me quedaré en esa casa... Guarde usted todo el peso —exclamó después de breve reflexión, ansiosa de terminar el incidente.

Y sin aguardar más, echóse a andar de prisa, inclinando el rostro, medio oculto el cuerpo todo, bajo el pañolón que algo se le resbalaba de los hombros; cual si la apenara encon-

trarse allí a tales horas, con tanta luz y tanta gente que de seguro la observaba, que de fijo sabía lo que ella iba a hacer. Casi sin darse cuenta exacta de que a su derecha quedaba un jardín anémico y descuidado, ni de que a su izquierda había una fonda de dudoso aspecto y mala catadura, siguió adelante, hasta llamar a la puerta cerrada. Sí advirtió confusamente, algo que semejaba césped raquítrico y roído a trechos; arbustos enanos y uno que otro tronco de árbol; sí le llegó un tufo a comida y a aguardiente, rumor de charlas y de risas de hombres; aun le pareció —pero no quiso cerciorarse deteniéndose o volviendo el rostro— que varios de ellos se agrupaban en el vano de una de las puertas, que sin recato la contemplaban y proferían apreciaciones en alta y destemplada voz, acerca de sus andares y modales. Toda aturdida, desfogóse con el aldabón y llamó distintas veces, con tres golpes en cada vez.

La verdad es que nadie, fuera de los ociosos parroquianos del fonducho, paró mientes en ella; sobre que el barrio, con ser barrio galante y muy poco tolerable por las noches, de día trabaja, y duro, ganándose el sustento con igual decoro que cualquiera otro de los de la ciudad. Abundan las pequeñas industrias; hay un regular taller de monumentos sepulcrales; dos cobreñas italianas; una tintorería francesa de grandes rótulos y enorme chimenea— de ladrillos, adentro, en el patio; una carbonería, negra siempre, despidiendo un polvo finísimo y terco que se adhiere a los transeúntes, los impacienta y obliga a violentar su marcha y a sacudirse con el pañuelo. En una esquina, pintada al temple, destácase *La Giralda*, carnicería a la moderna, de tres puertas, piso de piedra artificial, mostrador de mármol y hierro, con pilares muy delgados para que el aire lo ventile todo libremente; con grandes balanzas que deslumbran de puro limpias; con su percha metálica, en semicírculo, de cuyos gruesos garfios penden las reses descabezadas, inmensas, abiertas por en medio, luciendo el blanco sucio de sus costillas y el asqueroso rojo sanguinolento de carne fresca y recién muerta; con

nubes de moscas inquietas, voraces, y uno o dos mastines callejeros, corpulentos, de pelo erizo y fuerte, echados sobre la acera, sin reñir, dormitando o atisbándose las pulgas con la mirada fija, las orejas enhiestas, muy cerca el hocico del sitio invadido, en paciente espera de las piltrafas y desperdicios con que los regalan. En la opuesta esquina, con bárbaras pinturas murales, un haz de banderolas en el mismísimo ángulo de las paredes de entrambas calles y sendas galerías de zinc en cada una de las puertas, divísase *La Vuelta de Los Reyes Magos*, acreditado expendio del famoso Santa Clara y del sin rival San Antonio Ametusco. Amén del jardín, que posee una fuente circular, de surtidor primitivo y charlatán por la mucha agua que arroja sin cansarse ni disminuirla nunca, no obstante las furiosas embestidas de los aguadores y del vecindario que descuidadamente desparrama más de la que ha menester, con lo cual los bordes y las cercanías están siempre empapados; amén del tal jardín, luce la calle hasta cinco casas bien encaradas, de tres y cuatro pisos, balcones calados y cornisas de yeso; la cruzan rieles de tranvías; su piso es de adoquines de cemento comprimido, y, por su longitud, disfruta de tres focos eléctricos.

¡Ah! También tiene, frente por frente del jardín que oculta los prostíbulos, una escuela municipal, para niños...

Con tan diversos elementos y siendo, como era en aquel día, muy cerca de las doce, hallábase la calle en pleno movimiento y en plena vida. El sol, un sol estival de fines de agosto, caía a raudales, arrancando rayos de los rieles y una tenue evaporación de junto a los bordes de las aceras, húmedos de la lluvia de la víspera. Los tranvías, con el cascabeleo de los collares de sus mulas a galope y el ronco clamor de las cornetas de sus cocheros, deslizábanse con estridente ruido apagado, muy brillantes, muy pintados de amarillo o de verde, según su clase, colmados de pasajeros cuyos tocados y cabezas se distinguían apenas, vueltas al vecino de asiento, dobladas sobre algún diario abierto o contemplando distraídamente, en forzado perfil, las fachadas fugitivas de los edificios.

Del taller de los monumentos sepulcrales de las cobrerías italianas y de *La Giralda* salían, alternados, los golpes de cincel contra el mármol y contra el granito; los martillazos acompasados en el cobre de cazos y peroles; y el eco del hacha de los carniceros que unas veces caían encima de los animales, y encima de la piedra del tajo, otras. Los vendedores ambulantes pregonaban a gritos sus mercancías, la mano en forma de bocina, plantados en mitad del arroyo y posando el mirar en todas direcciones. Los transeúntes describían moderadas curvas para no tropezar entre sí; y escapados por los abiertos balcones de la escuela, cerníanse fragmentos errabundos de voces infantiles, repasando el silabario con monótono sonsonete:

–B-a, ba; b-e, be; b-i, bi; b-o, bo...

Como tardasen en abrirle a Santa, involuntariamente se volvió a mirar el conjunto; pero cuando estalló en la Catedral el repique formidable de las doce, cuando el silbato de vapor de la tintorería francesa lanzó a los aires, en recta columna de humo blanco, un pitazo angustioso y agudísimo, y sus operarios y los de los demás talleres, recogiendo las blusas azulosas y mugrientas, encendiendo el cigarrillo con sus manos percutidas, empezaron a salir a la calle y a obstruir la acera mientras se despedían con palabrotas, con encogimientos de espaldas los serios, y los viciosos, de bracero, enderezaban sus pasos a *Los Reyes Magos*; cuando los chicos de la escuela, empujándose y armando un zipizape de mil demonios, libros y pizarras por los suelos, los entintados dedos enjugando lágrimas momentáneas, volando las gorras y los picarescos semblantes enmascarados de traviesa alegría, entonces Santa llamó a la puerta con mayor fuerza aún.

–¡Qué prisa se trae usted, caramba...! ¿Doña Pepa, la encargada...? Sí está, pero está durmiendo.

–Bueno, la esperaré, no vaya usted a despertarla –repuso Santa muy aliviada de haber escapado a las curiosidades de la calle–, la esperaré aquí, en la escalera...

Y de veras se sentó en la segunda grada de una escalera de piedra, de media espiral, que arrancaba a pocos pasos de la puerta. La portera, humanizada ante la belleza de Santa, primero sonrió con simiesca sonrisa, y luego la sujetó a malicioso interrogatorio: ¿Iba a quedarse con ella, en esa casa? ¿Dónde había estado antes?

—Usted no es de México...

—Sí soy, es decir, de la capital no, pero sí de muy cerca. Soy de Chimalistac... abajo de San Angel —añadió a guisa de explicación—, se puede ir en los trenes... ¿No conoce usted...?

La portera sólo conocía San Ángel por sus ferias anuales, a las que en ocasiones acompañaba a la *patrona*, que se perecía por el juego del *monte*. Y cautivada por la figura de Santa, con su exterior candoroso y simple, fue aproximándosele hasta recargar un codo en el barandal de la propia escalera; condolidada casi de verla allí, dentro del antro que a ella le daba de comer; antro que en cortísimo tiempo devoraría aquella hermosura y aquella carne joven que ignoraba seguramente todos los horrores que le esperaban.

—¿Por qué va usted a echarse a esta vida...?

No le contestó Santa, porque en el mismo momento oyóse el estruendo de una vidriera abierta de repente y una voz femenil, muy española:

—¡Eufrasia! Pide dos anisados grandes con agua gaseosa en casa de Paco; dile que son para mí...

Alzóse de hombros la interlocutora de Santa, a modo de quien se resigna a padecer de incurable dolencia; introdujo a *la nueva* en el salón pequeño, y sin más rebozo ni más nada, salió a cumplir el mandado, no sin censurar la carencia de monedas con un portazo sonoro y seco.

Cual si el pedido de los dos anisados representase una campanilla de aviso, la casa entera despertó, de manera rara, muy poco a poco, confundidos los cantos con las órdenes a gritos; las risas con los chancleteos sospechosos; el abrir y cerrar de vidrieras con la caída de aguas en baldes invisibles; las carcajadas de hombres con una que otra insolencia,

brutal, descarada, ronca, que salía de una garganta femenina y hendía los aires impudicamente... Santa escuchaba azorada, y su mismo azoramiento fue parte a que no siguiese el primer impulso de escapar y volverse, si no a su casa porque ya era imposible—, siquiera a otra parte donde no se dijese aquellas cosas. Pero no se atrevió ni a moverse, temerosa de que la descubrieran o un crujido de su silla la delatará a esos hombres y mujeres que se adivinaban allá, dentro de las habitaciones del inmueble, en desnudeces y contactos extraños. De tal suerte que no se dio cuenta del regreso de Eufrasia, y la sobresaltó el que se le acercara diciéndole:

—¿Quiere usted pasar a ver a doña Pepa? Ya despertó.

Siempre confusa, siguió a la criada escaleras arriba; con ella cruzó dos pasillos oscuros y mal olientes, una sala con dos camastros, por la alfombra todavía —de las sirvientas quizá—, y en la atmósfera, acres olores a vino y a tabaco. En un rincón, un piano vertical sin cerrar lucía su teclado, que en la penumbra parecía una dentadura monstruosa. Luego atravesó Santa un corredor; escuchó muy próximo, aunque sin atinar con el rumbo preciso, chirriar de fritos en una sartén; bajó una escalera, y en el ángulo del reducidísimo patio, pasaron frente a una puerta de vidrios apagados.

—Señora —gritó Eufrasia, a la par que llamaba en ellos con los nudillos—, aquí está *la nueva*.

Del interior del cuarto contestó una voz gruesa:

—Entra, hija, entra, empujando nada más...

La propia Eufrasia empujó, cedió la puerta, y Santa, que nadie descubría en las negruras de la estancia cerrada, traspuso el dintel.

—Acércate, chiquilla... ¡Cuidado...! Sí, es una mesa. Pero acércate más, por ahí, por la derecha, eso es, acércate hasta la cama...

Hasta la cama se acercó Santa, sin ver apenas, guiada por las palabras que oía y no avanzando sino con muchos miramientos y pausas. Chocábale oír, a la vez que las palabras de aquella mujer que aún no conocía, unos ronquidos tenaces

de aquel hombre corpulento, que no cesaron ni cuando con las rodillas topó contra el borde de la cama.

—¿Conque tú eres la del campo? —preguntó Pepa medio incorporándose sobre las almohadas que por almidonadas y limpias sonaron cual si estuviesen fabricadas de materia quebradiza—, ¿y cómo te llamas...? Aguarda, aguarda, no me digas... Si ya lo sé, nos lo contó Elvira...

—Me llamo Santa —replicó ésta con la misma mortificación con que poco antes lo había declarado al cochero.

—Eso, eso es, Santa —repitió Pepa, riendo—, ¡mira que tiene gracia...! ¡Santa...! Sólo tu nombre te dará dinero, ya lo creo; es mucho nombre ése...

Y al compás de su risa, sonaban ingratamente los resortes del lecho. Los ronquidos, de súbito, se interrumpieron.

Espontánea la risa de Pepa, no ofendió a Santa, antes sonrió en la sombra que la amparaba, habituada de tiempo atrás a que su nombre produjese —a lo menos en los primeros momentos— resultado semejante; o incredulidad o extrañeza.

—Pero, niña —exclamó Pepa, que había comenzado a palparla como al descuido—, ¡qué durezas te traes...! ¡Si pareces de piedra...! ¡Vaya una Santita!

Y sus manos expertas, sus manos de meretriz envejecidas en el oficio, posábanse y detenían con complacencias inteligentes en las mórbidas curvas de la recién llegada, quien se puso en cobro de un salto, con la cara que le ardía y ganas de llorar o de arremeter contra la que se permitía examen tan liviano.

—¿Qué ocurre? —interrogó el galán acostado junto a Pepa.

—Que ha venido *la nueva*. Duérmete.

—¡La nueva...! ¡La nueva...! —y se oyó distintamente que se desperpezaba al volverse a la pared y que reía muy por lo bajo.

Pepa saltó de la cama, dirigiéndose a abrir las maderas de una ventana, con la seguridad del que pisa terreno conocido. La pieza se iluminó.

¡Ah! ¡La grotesca figura de Pepa, a pesar del largo camión que le cubría los desperfectos del vicio y de los años!

Sus carnes marchitas, exuberantes en los sitios que el hombre ama y estruja, creeríase que no eran suyas o que se hallaban a punto de abandonarla, por inválidas e inservibles ya para continuar librando la diaria y amarga batalla de las casas de prostitución. Conforme se inclinó a recoger una media; conforme levantó los desnudos brazos para encender un cigarro; conforme hundió en la jofaina la cara y el cuello, su enorme vientre de vieja bebedora, sus lacios senos abultados de campesina gallega oscilaban asquerosamente, con algo de bestial en sus oscilaciones. Sin el menor asomo de pudor, seguía en sus arreglos matutinos, locuaz con Santa, que, de vez en cuando, le respondía con monosílabos. Desde luego simpatizó con ella, como simpatizaban todos frente a la provocativa belleza de la muchacha, belleza que todavía resultaba más provocativa por una manifiesta y sincera dulzura que se desprendía de su espléndido y semivirginal cuerpo de diecinueve años.

—Apuesto a que te habrán dicho horrores de nosotras y de nuestras casas, ¿verdad?...

Santa se encogió de hombros y maldibujó en el aire, con los brazos extendidos, un gesto vago... ¿Qué sabía ella?...

—Vengo —agregó— porque ya no quepo en mi casa, porque me han echado mi madre y mis hermanos, porque no sé trabajar, y sobre todo... porque juré que pararía en esto y no lo creyeron. Me da lo mismo que estas casas y esa vida sean como se cuenta o que sean peores... mientras más pronto concluya una, será mejor... Por suerte, yo no quiero a nadie... —y se puso a mirar los dibujos de la alfombra, algo dilatada la nariz, los ojos a punto de llorar.

Ocupada en pasarse una esponja por el cuello y las mejillas, Pepa asentía sin formular palabra, reconociendo para sus adentros de hembra vulgar y práctica, una víctima más en aquella muchacha quejosa e iracunda, a la que sin duda debía doler espantosamente algún reciente abandono. ¡La eterna y cruel historia de los sexos en su alternativo e inevitable acercamiento y alejamiento, que se aproximan con el beso, la

caricia y la promesa, para separarse, a poco, con la ingratitud, el despecho y el llanto...! Pepa conocía esta historia, habíala leído; no siempre había sido así —y señalaba sus muertos encantos, los que escasamente sólo servíanle ya para encadenar a un toro humano, como el acostado en su propia cama, borracho perdido, que acababa su mísero vivir sin oficio ni beneficio, prófugo o licenciado de Dios sabría cuántos presidios, con los dineros que ganaba ella, Pepa, peso a peso y a costa de... una porción de cosas.

—¿Quieres beber un trago conmigo? —dijo, y sacó de su ropero una botella de aguardiente blanco—, toma, no seas tonta; esto es lo único que nos da fuerza para resistir a los desvelos... ¿No...? Bueno, ya te acostumbrarás.

Apuró su copa bien llena, de pie junto a Santa, que no perdía ripio, y continuó en su arranque de confidencias repentinas, principiadas tras el móvil de imponerse a la neófita y seguidas por interna necesidad de dar salida de tiempo en tiempo a lo visto y sufrido; de desahogarse un tantito; de dejar que esa especie de agua estancada y pútrida se esparciese con su charla y fuera a anegar otros corazones y otras mujeres sin que se le ocultara que no le hacían maldito el caso.

—Tú misma, que ahora me ves y oyes espantada tampoco has de apreciar esto. Te sientes sana, con pocos años, con una herida allá en tu alma, y no te conformas; quieres también que tu cuerpo la pague... pues menudo que es el engaño, hija; el cuerpo se nos cansa y se nos enferma... huirán de ti y te pondrás como yo, hecha una lástima, mira...

E impudicamente se levantó el camisón, con trágico ademán triste, y Santa miró, en efecto, unas pantorrillas nervudas, casi rectas; unos muslos deformes, ajados, y un vientre colgante, descolorido, con hondas arrugas que lo partían en toda su anchura, cual esas tierras exhaustas que han rendido cosechas y cosechas enriqueciendo ciegamente al propietario, y que al cabo pierden su secreta e irremplazable savia para sólo conservar la huella del arado, a modo de marca infamante y perpetua.

—Fui muy guapa, no te creas, tanto o más que tú, y, sin embargo, me encuentro atroz, reducida a cuidar de una casa de éstas, y gracias; reducida a que me tolere y dizque me quiera eso, que ya no es hombre ni es nada, que es una ruina igual a mí... que hablo de lo que no me importa, más que una cotorra. No me hagas caso, ¡qué tontería!, ni les repitas a las otras que te he sermoneado... Me pongo mi bata, ¿ves?, los zapatos de calle en un instante, así; cojo el pañolón y me marchó contigo, vamos... ¡Ah, aguarda...! ¡Diego! ¡Diego...!, que me voy, hombre..., ahí queda el *catalán* sí, en el lavabo.

—Que te vas, ¿y por qué te vas? —balbuceó el hombrón, que cerró los ojos arrugándolos mucho, de encontrarse con los chorros de luz que se entraban por puerta y ventana.

—Porque hay que llevar al registro a esta criatura y que bañarla y alistarla para la noche. ¿No has visto lo mismo en cien ocasiones?

—Anda y que te maten, gorrina, a ti y a la nueva —recalcó, riendo por lo bajo una segunda vez—. Alcánzame el aguardiente, prenda...

En verdadero periodo sonambúlico encaminóse Santa en pos de Pepa. Salieron por diverso zaguán; costearon el jardincillo entrevisto por Santa cuando su arribo; se metieron en un coche que parecía apostado esperándolas; dio Pepa una orden, y ¡hala!, a correr varias calles, a torcer en la esquina de ésta, a detenerse en la mitad de aquélla, a esquivar un carro, a igualarse momentáneamente con un tranvía; y muchos vehículos, mucha gente, mucho sol, mucho ruido...

Pepa iba fumando, risueña, sin cuidarse de Santa, a la que acababa de comunicarle parte de sus amarguras de pecadora empedernida. De pronto, paró el carruaje a la orilla de otro jardín pequeño que separa a dos iglesias frente a un parque grande, la Alameda —sí no engañaban a Santa sus recuerdos—, y Petra, muy enseriada y autoritaria la previno:

—Cuidado y me contradigas, ¿oyes? Yo responderé lo que haya de responderse, y tú deja que te hagan lo que quieran...

—¡Que me hagan lo que quieran...! ¿Quien...?

—¡Borríca! Si no es nada malo, son los médicos, que quizá se empeñen en reconocerte, ¿entiendes?

—Pero es que yo estoy buena y sana, se lo juro a usted.

—Aunque lo estés, tonta, esto lo manda la autoridad y hay que someterse; yo procuraré que no te examinen. ¡Abajo!, anda...

A partir de aquí, hasta la hora de la comida de la noche, Santa embrollaba los sucesos; su pobre memoria, cual si se la hubiesen magullado, conservaba precisos y netos detalles determinados, pero en cambio adulteraba otros, los culminantes, más que los de escasa significación. Acostada en la cama que le dieron por suya —una cama matrimonial de bronce con mullidos colchones y más dorados en columnas y barandales que la capilla de su pueblo; abriéndole la cabeza una jaqueca tremenda, que la obligó a permanecer dos horas sin despegar los ojos—, no recordaba lo que los médicos le habían hecho cuando el reconocimiento, que al fin efectuaron después de excepcional insistencia; recordaba mejor un retrato litográfico, dentro de barnizado marco de madera, de un señor muy extraño, con traje militar y pañuelo atado en la cabeza; recordaba los anteojos de uno de los doctores, que sin cesar le resbalaban de las narices; recordaba la vulgar fisonomía de un enfermero que la miraba, la miraba como con ganas de comérsela... Del reconocimiento en sí, nada; que la hicieron acostarse en una especie de mesa forrada de hule algo mugrienta; que la hurgaron con un aparato de metal y... nada más, sí nada más... También que el cuarto olía muy mal, a lo que se pone debajo de la cama de los muertos, a esto... ¿Cómo se llamaba...? Yoto, yolo... ¡Ah!, *yogroformo*, una cosa pestilente y dulzona, que marea y coge la garganta.

Lo que sí recordaba a maravilla era que, al incorporarse y arreglarse el vestido, los doctores la tutearon y aun le dirigieron bromas pesadas, que provocaban grandes risas en Pepa y enojos en ella, que desconocía el derecho de esos caballeros para burlarse de una mujer...

Como al propio tiempo se le viniese a las mentes el otro calificativo, el que a contar de entonces correspondíale, cerró más sus ojos, llegó a taparse fuertemente con la mano el oído opuesto al que la almohada resguardaba, recogió las piernas flexionando las rodillas, y, sin embargo, el vocablo vino y le azotó las sienes y el cráneo entero por adentro, le aumentó la jaqueca.

—No era mujer, no; jera una...!

Por segunda vez en su trágica jornada, la ganó la tentación de marcharse, de huir, de retornar a su pueblo y a su rincón, con su familia, sus pájaros, sus flores... donde siempre había vivido, de donde nunca creyó salir, y arrojada por sus hermanos, menos... ¿Qué harían sin ella? ¿La habrían olvidado tan pronto...? La acongojó a un punto suponerse olvidada, que con brusco movimiento sentóse en el borde de la cama, caídas las manos sobre el vestido en el hueco que medio indicaban sus piernas entreabiertas; los pies sin tocar la alfombra, en maquinal e inconsciente balanceo, y la mirada fija, clavada allá en el pueblo, en el humilde y riente hogar decorado de campánulas, heliotropos y yedra, manchado por ella, al que no regresaría nunca más, nunca, nunca.

Tan miserable y abandonada se sintió, que escondió el rostro en la almohada, tibia de haber sustentado su cabeza, y se echó a llorar mucho, muchísimo, con hondos sollozos que le sacudían el encorvado y hermoso cuerpo; un raudal de lágrimas que acudían de una porción de fuentes; de su infancia campesina, de unas miajas de histerismo y del secreto duelo en que vivía por su desdichada pureza muerta.

La distensión nerviosa que el llanto trae consigo y el gasto de fuerzas realizado durante el día íntegro, la amodorronaron, brindáronle un remedo de sueño muy parecido al de los niños cuando sufren; con sollozos postrimeros y suspiros intermitentes y rezagados, que de improviso brotan y en un segundo se desvanecen y evaporan, cual si al fin se reunieran con el dolor que a ellos los engendró y a nosotros acaba de abandonarnos. De ahí que no se enterara a las derechas de

los ruidos inciertos que tales cosas ofrecen por las tardes, ni de las visitas, más dudosas todavía, que las frecuentan: corredoras de alhajas de turbia procedencia; toreros que no son admitidos en las noches para que no se alarme la parroquia de paga, que en cada individuo de coleta teme encontrar a un asesino; jóvenes decentes que dan sus primeros pasos en la senda alegre y pecaminosa; maridos modelos y papás de crecidas proles, que no pueden prescindir del agrio sabor de una fruta que aprendieron a morder y a gustar cuando pequeños; enamorados de *esas mujeres*, que anhelan hallarlas a solas y forjarse la ilusión de que únicamente ellos las poseen, aunque los hechos por hacer y las ojeras y palideces de sus dueñas, delaten los combates de la víspera, la venta de caricias y los desenfrenos de la lascivia.

De la calle subía un rumor confuso, lejano, gracias al jardín que separa la casa del arroyo y a que el cuarto de Santa era interior y alto, con su par de zurcidas cortinas de punto, colgadas de las ventanas y enfrentando un irregular panorama de techos y azoteas; una inmensidad fantástica de chimeneas, tinacos, tiestos de flores y ropas tendidas, de escaleras y puertas inesperadas, de torres de templos, astas de banderas y rótulos de monstruosos caracteres; de balcones remotos cuyos vidrios, a esa distancia, diríase que se hacían añicos, golpeados por los oblicuos rayos del sol descendiendo ya por entre los pinachos y crestas de las montañas, que en último término, limitaban el horizonte.

Alguien que llamaba con imperio interrumpió la modorra de Santa.

—¿Quién es? —preguntó molesta, sin abandonar la cama y apoyando el busto en un codo.

Pero al reconocer las voces de Pepa y de la patrona, levantóse a abrir.

La patrona, Elvira, a quien no veía desde la feria de San Angel, cuando melosamente la decidió a venir a habitar su casa, estaba con una bata suelta, siempre hombruna en la entonación y en los modales, con un grueso puro entre los

labios y, en las orejas, sendos diamantes del tamaño de avellanas. Mucho más autoritaria aún que Pepa, se encaró con Santa:

—¿Conque no quisiste almorzar y te has pasado la tarde encerrada aquí...? Te disculpo por esta sola vez y con tal de que no se repita, ¿me comprendes? No estamos para hacer lo que nos dé la gana, ni tú te mandas ya; ¿para qué viniste...? Van a traerte una bata de seda y medias de seda también, y una camisa finísima, y unas zapatillas bordadas... ¿Se ha bañado ya? —inquirió volviéndose a Pepa—. ¡Magnífico! No importa, al vestirte esta noche para bajar a la sala, volverás a lavarte; mucha agua, hija, mucha agua...

Y siguió entre regañona y consejera, enumerándole a Santa la indispensable higiene a que se tiene que apelar con objeto de correr los menos riesgos en la profesión. Decíalo todo con extraordinario aplomo y conocimiento, sin consentir que la interrumpieran, prohibiéndole con el gesto o la mirada cuando la necesidad de tomar resuello le truncaba el discurso. Sin pena ni reparos, denominaba por su verdadero nombre las mayores enfermedades; esto debía de ejecutarse de tal manera y aquello de tal otra; la debilidad de algunos hombres radica aquí, y allá la de otros; existen mil fingimientos que, aunque repugnen en un principio, debe no obstante explotárseles... Un catecismo completo; un manual perfeccionado y truhanesco de la prostituta moderna y de casa elegante. Sus recomendaciones, mandatos y consejos, casi no resultaban inmorales de puros desnudos; antes los envolvía en una llaneza y una naturalidad tales que, al escucharla, tomaríasela más bien por austera institutriz inglesa que aleccionara a una educanda torpe. Sólo, de cuando en cuando, un terno disonante y enérgico —dicho así mismo con exceso de inconsciencia—, venía y destruía el hechizo. ¡Qué institutriz ni qué diantre! ¡Prostituta envejecida y hedionda de cuerpo y alma que podía únicamente nutrir esas teorías y sustentarlas e inducir a su práctica! En el curso de la peroración, sentóse junto a Santa, y al notarla aterrada, con habili-

dades de escamoteador apresuróse a mostrarle el reverso de la medalla; ¡qué corcho!, no era tan fiero el león, sino al contrario, y el modo de vivir de ella, en definitiva, era más aceptable y cómodo que otros muchos.

—En el hospital paran las lipendis nada más; quiero decir, las atolondradas y tontas —rectificó, por la cara que puso Santa al oír aquel término flamenco—, pero la que no se mame el dedo y a tiempo conozca lo que lleva y vale, me río yo de hospitales y cárceles. Con unas hechuras como las que te gastas tú, se puede ir a cualquier parte, ¿sabes?, y tener coche y joyas y guita, digo, monises, que llamados así, bien que me entenderás, ¿no es cierto? ¿Los hombres...? ¡Los hombres...! Los hombres son un hatajo de marranos y de infelices, que por más que rabien y griten, no pueden pasársela sin sus indecencias...

Luego, al cabo de una pausa, continuó reflexiva:

—Mientras peores somos, más nos quieren, y mientras más los engañamos, más nos siguen y se aferran a que hemos de quererlos como apetecen... ¿Sabes por qué nos prefieren a sus novias y esposas, por qué nos sacrifican? ¿No lo sabes...? Pues precisamente porque ellas son honradas —las que lo son— y nosotras no; por eso. Nosotras sabemos muy distinto, picamos, en ocasiones hasta envenenamos, y ellas no, ellas saben igual todos los días, y se someten, y los cansan...

Calló Elvira, Pepa recargó la espalda en el guardarropa, y Santa, con el corazón saltándole dentro del pecho, dobló la cabeza.

Lo que veía y lo que oía la desesperanzaba por completo, la asqueaba de antemano. Decididamente se marchaba.

—¡Pues yo siempre me voy! —declaró muy grave y poniéndose en pie.

—Que te vas, ¿y a dónde...?

—Allá, afuera —contestó con mayores energías, señalando al pedazo de cielo azul que por las ventanas se divisaba.

Aproximóse Pepa; Elvira, a su vez, se levantó y juntas miraron, como hipnotizadas, hacia donde Santa apuntaba,

con resolución y firmeza, el pedazo de cielo que el crepúsculo empalidecía, por el que cruzaba una bandada de golondrinas esbozando en su vuelo, sobre aquel fondo azul, polígonos imposibles y quiméricos.

En el acto reaccionó Elvira, recuperó sus hábitos de cómitre con faldas que no tolera ni asomos de rebelión. En jarras los brazos, iracunda la mirada y contraído el rostro, hecha una furia, volviéndose a Santa. Con ella no se jugaba ni la burlaba nadie tampoco.

—Guarda tu dignidad para otra, ¿estamos? Lo que es tú, te encuentras ya registrada y numerada, ni más ni menos que los coches de alquiler, pongo por caso... me perteneces a mí, tanto como a la policía o a la sanidad. ¡Figúrate si ahora vas a marcharte...! ¡Como no te marches a la cárcel! A mí no me tientes la ropa, porque te costaría caro... aquí sólo yo mando y a obedecer todo el mundo... ¡Hase visto una pringosa con más humos...! Y esta noche, risueña y amable con los que paguen; y nada de lloriqueos ni ridiculeces y desmayos, porque te harán volver a tu acuerdo el comisario y los gendarmes.

A medida que Elvira se exasperaba, Santa se deprimía, lo mismo que si sus energías de antes se le quebraran o torciesen. Fascinada por la iracundia de la patrona, fue retrocediendo hasta pegarse al muro, unos cuantos pasos en que Elvira la persiguió metiéndole las manos por la cara, echándole, entre sus insolencias, su aliento apestoso a tabaco y a comida reciente.

Pepa fumaba.

Los ojos desmesuradamente abiertos y la garganta seca, Santa cedió ante aquel alud de malas palabras que, a manera de látigos, se le enroscaban en el cuerpo; cedió ante aquella hidra que la acosaba, pronta a clavarle sus garras. Sintióse doblegada, vencida, a la incondicional merced de esa española cubierta de alhajas y sin ápice de educación, que eructaba *tales* y *cuales*, que la amenazaba con el puño, con la mirada, con la actitud.

—Está bien, señora —murmuró capitulando—, cálmese usted, que no he de irme. ¿A dónde quiere usted que me vaya...?

Pepa estimó oportuno intervenir y se llegó a entrambas, acariciando a Santa en los brazos.

—No es el pelo de la dehesa lo que luces hija mía, es una cabellera, y hay que trasquilarte. Ea, penillas a la mar y seca esos ojazos.

Sin duda Elvira aguardaba la intervención, porque se humanizó en un instante, encendió el medio puro que le quedaba entre los dedos y asiendo a Santa por el talle, muy afectuosa, se la llevó al canapé y con delicadezas que no podían sospechársele, le enjugó su llanto.

—Tiene razón ésta (por Pepa) —declaró Elvira—, hay que desbravarte. ¡Mire usted que es llorar! Y luego, ¿por qué? Si yo no te quiero mal, guasa, al contrario; y te cumpliré cuanto te ofrecí en tu pueblo, ¿te acuerdas...? ¿No te basta? Y ahora mismo, cuando bajes a comer lo que no sea de tu agrado, se lo dices a Pepa y se te guisará aparte lo que más te guste... Cuidado, Pepa, que nadie le tome el pelo en la mesa, que, se le dé vino del mío, a ver si le calmamos los nervios. ¡Tunanta! ¡Regalona! Alza la cara y bésame en señal de que hicimos las amistades... Quiero contemplarte en traje de campaña; ¡Pepa!, que suban la bata, el camisón y las zapatillas.

No hubo remedio; Santa sonrió y sujetóse a que casi la vistieran entre Pepa y dos o tres *pupilas*, que subieron también atraídas por la algarara.

Una maniobra decente, vigilada y aplaudida por Elvira, que no apartaba la vista de su adquisición y que con mudos cabeceos afirmativos parecía aprobar las rápidas y fragmentarias desnudeces de Santa; un hombro, una ondulación del seno, un pedazo de muslo; todo mórbido color de rosa, apenas sombreado por finísima pelusa oscura. Cuando la bata se le deslizó y para recobrarla movióse violentamente, una de sus axilas puso al descubierto, por un segundo, una mancha de vello negro, negro...

La comida reglamentaria de las ocho de la noche, por lo común” silenciosa y tristona —quizá porque se acerca el momento de la diaria refriega—, tornósele fiesta. No se cruzaron reproches ni las secretas y mortales envidias mostraron su faz, ni los celos irreconciliables asomaron en los ojos ya pintados; no salieron las frases obscenas, los mutuos apodos y las burlas al criado. A la bonachona mirada de Elvira, que se dignó acompañar a su ganado en obsequio de la nueva res, desarrollaron una alegría moderada y una exagerada compostura; se oyeron risas femeninas de veras, sin afectación ni ordinariez; bromas muy pasaderas y sosegado sonar de cubiertos. El comedor simulaba un refectorio recatadísimo de algún plantel educativo de buen tono. Elvira, enternecida, las regaló a todas con su vino, que sólo para Santa había salido a relucir.

Pepa, muy digna dentro de su papel de *encargada*, bebió agua, como de ordinario; y *la Zancuda* —una pobre muchacha de aspecto tuberculoso— se olvidó de sopear el dulce con la mano, según acostumbraba a ejecutarlo noche a noche. De improviso, destemplada y estridente, la voz de Eufrasia, desde abajo, las trajo a la realidad.

—¡Doña Pepa! Aquí hay unos señores...

¡La horrible transición que presenció Santa! Cual impulsado por un propio resorte aquel grupo de ocho o diez mujeres se levantó de sus asientos derribando sillas, vertiendo en el mantel el agua de los vasos, después de enjuagarse la boca en pie y de prisa y de arrojar el buche contra el suelo; encendiendo cigarrillos que fumaban muy apuradas, a fin de no oler a comida. Todas se despeñaron por la empinada escalera, en tropel de gritos y empellones —una verdadera y desaforada carga contra el dinero—, todas se alisaban el cabello, se mordían los labios hasta ponerlos de un rojo subido, pegaban los codos a la cintura para que los senos resaltaran; todas, en su andar, marcaban el paso con las caderas, a semejanza de los toreros cuando desfilan formados en la plaza, y todas arrastraron adrede, por las gradas, los tacones de las zapatillas, Pepa bajó despacio.

—¡Tú también, baja...! —le mandó Elvira a Santa— y según sean los clientes, así pídeles cerveza o *sampán* (quería decir *champagne*), pero que gasten. Si entran contigo en el cuarto, nada de monerías, ¿eh?, ya hablamos de eso.

Santa no escuchó el final del bando; la primera parte, el tremendo: *Tú también, baja*, la hizo temblar cual si la amenazase un positivo peligro... aunque, indudablemente, tenía que bajar, que disputarse a los visitantes, que obligarlos a gastar.

Bajó rígida, más dispuesta a rechazar que a ofrecer, experimentando repugnancias físicas invencibles. De pie en el umbral del salón iluminado notó que los parroquianos, sin descubrirse, bromeaban de palabra y de obra con sus compañeras; vio que éstas no sólo consentían las frases groseras y los manoseos torpes y lascivos, sino que los provocaban, pedían su repetición para concluir de enardecer al macho, azuzadas por un afán innober de lucro.

Un gran trueno celeste, anunciador del aguacero que se echaba encima de la ciudad, la estremeció; y volviendo la cara a la puerta de la calle, que le quedaba a un paso, se asió la falda y se adelantó a la salida, guiada por un deseo meramente animal e irreflexivo de correr y correr hasta donde el aliento le alcanzara, y hasta donde, en cambio, el daño que se le antojaba inminente no pudiera alcanzarla... Mas, a tiempo que se adelantaba, la lluvia desatóse iracunda, rabiosa, azotando paredes, vidrios y suelos con unas gotazas que al caer o chocar contra algo, sonaban metálicamente, salpicaban, como si con la fuerza del golpe se hicieran pedazos. Santa miró a la calle, por cuyo centro el agua imitaba una cortina de gasa interminable que se desarrollara de muy alto, inclinándose a un lado, y a la que la luz eléctrica de los focos que el viento mecía, entretejiera mágicamente, hilos de plata que se desvanecían dentro de los charcos bullidores y sombríos del adoquinado.

De ese fondo fantástico, al resplandor de uno de los tantos relámpagos que surcaban el cielo, Santa distinguió, sin paraguas ni abrigo que los defendiese del chubasco, a un

chiquillo que llevaba de la mano a un hombre, y que ambos doblaban rumbo a la casa. En un principio, dudó: ¿cómo habían de ir allí...?, pero la pareja continuó acercándose, el hombre colérico cada vez que ni su bastón ni el chiquillo lo libraban de los baches; el granuja, mudo, aguantando con idéntica impasibilidad la lluvia de las nubes que le empapaba las espaldas, que la lluvia de denuestos e insolencias del ciego a quien servía.

Tuvo Santa que apartarse para que entraran los dos, al parecer, vagabundos, y más que de contestar a su saludo cuidó de que no la humedeciesen si se le acercaban demasiado. En lugar del regaño que no dudó les endilgaría Pepa, soltóse el ciego de su lazarillo y sin más ayuda que el bastón, astroso y chorreando, muy de sombrero en su mano libre, sonriente, y mirando sin ver con sus horribles ojos blanquizcos, de estatua de bronce sin pátina, se coló en la sala, y Pepa y las demás mujeres lo recibieron contentísimas, tuteándolo.

—Hola, *Hipo*, ¿te mojaste? ¡Estás hecho una sopa...! Sacúdete afuera, hombre, que vas a ensuciar los muebles, y vuelve a tocar.

¡A tocar...! Siempre con asombro, Santa vio que el ciego a quien denominaban *Hipo* se encaminaba a tientas al patiecito, donde, en efecto, se sacudió el traje enjugándose después las manos con su pañuelo. Luego lo vio ir derechamente al piano, vio que lo abría y, por último, vio y oyó que lo tocaba. Entonces, menos porque se le olvidara de escapar que por mirarlo de cerca y convencerse del prodigio de que un ciego tocara y tocara tan bien, entró en la sala y apoyando un codo sobre la tapa superior del piano, púsose a contemplar al músico...

¡Qué lindamente tocaba y qué horroroso era...! Picado de viruela, la barba sin afeitar, lacio el bigote gris y poblado, la frente ancha, grueso el cuello y la quijada fuerte. Su camisa, puerca y sin zurcir en las orillas del cuello y de los puños; la corbata torcida y ocultándosele tras el chaleco; las manos huesosas, de uñas largas y amarillentas por el cigarro, pero

expresivas y ágiles, ora saltando de las teclas blancas a las teclas negras con tal rapidez que a Santa le parecía que se multiplicaban, ora posándose en una sola nota, tan amorosamente, que la nota aislada adquiría vigor y sonaba por su cuenta, quizá más que las otras.

Con su instinto de ciego, el músico adivinó que alguien se hallaba a su lado, y a pesar del ruido que armaban los bailadores, medio volvió la cabeza hacia Santa, que no pudo resistir el que le echara encima sus horribles ojos blanquizcos, sus ojos huérfanos de vista.

—Poco vamos a hacer esta noche, si sigue lloviendo —dijo él, sin reparar en que con el plural empleado, equiparaba la profesión de esas mujeres a la suya propia—. ¿Quiénes son los que bailaban...?

—No los conozco —repuso Santa, procurando esquivar los ojos del músico, los que, no obstante no ver, diríase que miraban, a juzgar por la importancia que les comunicaba el ciego, moviendo las cejas inteligentemente.

—Usted dispense —agregó—, creí hablar con alguna de las de la casa.

—También yo soy de la casa —explicó Santa—, desde hoy que... ¡ay! —gritó interrumpiéndose, al sentirse abrazada por la cintura.

No era nada, no, que uno de aquellos caballeros, incitado por la deliciosa línea de la cadera de Santa, había llegado por detrás de la muchacha desapercibida, a cerciorarse de esa morbidez, y le había abrazado el talle con las dos manos, hincándole la barba en uno de sus hombros carnosos...

—¿Y por qué gritas, primorosa? Ni que te hubiera yo lastimado. Ven a tomar con nosotros y a bailar esta danza conmigo.

—¡No quiero beber y no sé bailar! —contestó secamente Santa, después de desasirse del individuo bien vestido, entrando en años y respetado por los que con él estaban.

—¡Adiós! ¿Y si yo te pago porque me emborraches y porque me bailes, hasta desnuda si me da la gana...? ¿Crees que

pedido limosna o que a mí me manda una cualquiera...? Pues te equivocas. ¡Traigo mucha plata, para comprarlas a todas ustedes...!

El cariz de la reunión varió. El pianista interrumpió su danza intercalándole, por artístico pudor, un par de acordes finales que suavizaron a su oído lo brusco de la interrupción, y filosóficamente, con el puro tacto, encendió un cigarrillo.

Santa, sin otras armas todavía con qué defenderse, apeló a las lágrimas; mas sus compañeras, sobre todo una, *la Gadi-tana*, dejó de bailar y saltó a la palestra:

—¡Oye, tú...!, ¿qué te crees? ¿Que por los cuatro cuartos que traes hemos de soportarte, *so esto y so lo otro*...?

Pepa intervino, entre los labios el puro y en la muñeca colgando el portamonedas. Habló con los acompañantes del que había insultado a Santa —el que persistía en sus afirmaciones de que llevaba mucho dinero, y mostraba billetes y pesos duros—, y los acompañantes, mortificados, opusieron a reconocer la grosería de su amigo, a quien era fuerza disculpar por hallarse algo bebido y por ser persona de su posición, ¡friolera!, gobernador de un lejano y rico estado de la República.

—¡Más champagne! —ordenó el bebido, como para rectificar su embriaguez—, ¡más champagne y más danzas, profesor!

Volvió a sonar el piano y las chicas a bailar con los familiares del gobernador aquel, tumbado en el sofá y sin despejar la vista de Santa, con la que Pepa sostenía coloquio animadísimo. El más prudente del grupo, previo ajuste con Pepa y en atención a que el agua no escampaba, hizo entrega de diversos billetes, mandó cerrar las puertas y publicó que la casa entera corría por cuenta de ellos.

La lluvia, afuera, continuaba entonando su romanza monorrítmica; su tamborileo contra los cristales del edificio; continuaba el sordo gotear de cornisas y barandales y el recio estrépito, sobre el empedrado, de las canales exteriores que vomitaban cataratas. En el sumidero del panecillo —una losa

con cinco agujeros en forma de cruz— hundíase el agua rumorosamente, a escape, como apresurada por esconderse allá, debajo, en lo oscuro, y no presenciar lo que en la casa acontecía.

En éstas, presentóse Elvira a saludar al gobernador; saludo de viejos conocidos, sin fórmulas ni tratamientos:

—¿Cuándo has llegado, hijo? Hace un siglo que no te venías por acá... ¿Ya viste a mi *nueva*? —añadió bajando el diapasón.

El gobernador, atacado de la necia susceptibilidad con que en ocasiones se manifiesta el alcohol, sin penetrarse de lo que Elvira le preguntaba, dio principio a un capítulo de quejas contra una de las muchachas, sí, ésa, la de junto al piano...

—Se ha enfadado porque le hice una caricia, y ella y otra me han tratado peor que a un perro... Tú me conoces, Elvira, tú sabes que yo gasto el dinero sin regatear... pero, lo que es ahora, me voy, ya lo creo que me voy... No, no, déjame ir, no me sujetes... —gruñó tambaleando sin acabar de ponerse en pie, a causa de que Elvira se lo impedía, aunque mucho menos que la borrachera.

—¿Esa es la que te gusta, *perdío*? Es mi *nueva*. Te juro que aún no se estrena en la casa y que vale un millón..., ¿la quieres?

—Por supuesto que la quiero, o ésa o ninguna.

—¡Santa! —gritó Elvira, sin cesar en la conquista del cliente adinerado y con la certeza de que la joven no había de rebelársele—. ¡Santa!, ven a beber con el general y a tratármelo con cariño, que es un barbián.

Al par que el general y sus acompañantes reían del nombre de Santa, suponiéndolo fingido, Santa, impotente para sustraerse al influjo incontrastable que Elvira ejercía en su voluntad, desprendióse del piano y se aproximó al personaje.

—No, ahí no —prorrumpió Elvira—, siéntate en las piernas, *mema*, que te has sacado la lotería con gustarle... ¡Pepal, pide más *sampán*, que el general me convida a mí.

Muy temblorosa, Santa realizó lo ordenado; el pianista metiéndole mano a un vals; se escucharon risas, tuteos, el estallido de un beso y los taponazos de las botellas que el criado descorchaba.

Indudablemente el general estaba beodo y propenso a enternecerse. Lleno de miramientos hacia Santa, solicitó primero su permiso y después le habló al oído. ¿Lo perdonaba...?

—Sólo quise asustarte, mi palabra; pero si te soy antipático te pago igual Y quedas libre... Traigo mucha plata en la cartera y en el Chaleco... para ti toda si duermes conmigo esta noche..., ¿qué dices?

—¡Que sí! —le murmuró Santa, intimidada por Elvira, que antes de retirarse detúvose a mirarla.

—Entonces, más de beber, ¡qué cañones! —rugió el gobernador—, y aquí tú nos mandas, tú eres la reina.

Y hasta el pianista anduvo beneficiado, con diez pesos que le cayeron como diez soles, por los que habría tocado una semana íntegra.

Corría el champagne y los ánimos entusiasmábanse fuera de medida; aquello degeneraba en orgía vulgar, con palabras y ademanes soeces, risas destempladas, propuestas bestiales. Las deserciones comenzaron, sin salvar las apariencias, descaradas.

—Nosotros nos vamos. ¡A acostarse, niños!

Y se oían en la escalera chillidos de mujer cosquillosa, tartamudeos de ebrio, traspies y besos. El general apuraba copa tras copa, con Santa a su lado, y descansando de tiempo en tiempo, taciturno y grave, en la espalda de Santa, su cabeza encanecida.

—¿Qué quieres que te regale cuando te mueras? —le preguntó de súbito.

Alzóse Santa de hombros, sin saber qué responder a pregunta tan inesperada y fúnebre; en el fondo, sobrecogida ante la repentina evocación que impresionó a los que la oyeron, el pianista y Pepa, y al mismo general, no obstante que su cere-

bro se entenebrecía. Los cuatro callaron, cual si de veras la muerte esté acechándolos, al alcance del labio que la nombra.

—No le contestes, boba —insinuó Pepa—, está *chispo* y no sabe lo que se habla.

—¿Qué más da? —dijo Santa melancólicamente, y volviéndose al general, añadió—: Mándeme usted decir misas...

Con esfuerzo visible el general apuntó el encargo en su cartera, como asunto serio, y ordenó de beber.

—Yo sí que me muero ahora, pero de sed..., ¡a ver, más copas!

Las copas que se sirvieron representaron el tiro de gracia para el gobernador; derramó la mitad del contenido de la suya y se quedó dormido.

Santa respiró, y aunque ligeramente trastornada, consideróse libre: ¿podría acostarse sola...?

Pepa, benévola, la sacó del error, y en confianza, metió al pianista en la charla:

—No, hija, el viejo dormirá contigo, ¿no le parece a usted, *Hipo?* Por fortuna, no ha de molestarte, ya no puede con su alma.

Despertáronle entre las dos, y ayudado del mozo, subió al cuarto de Santa que, conforme a la regla, cargaba el sombrero, el abrigo y el paraguas de su amante de una noche. En tanto, el pianista, cuyo lazarillo dormía acurrucado en el quicio de la puerta, se despedía de Pepa.

Como una maza cayó el gobernador en el mullido lecho, en el que trabajosamente, sacóse los zapatos, la *jaquette*, el chaleco y parte de la camisa, desabotonada de antemano.

—¿Tú creerás que estoy borracho, eh...? No, estoy atarantado y en un instante se me pasa... la prueba es que oigo llover y que te ruego que te desnudes, pero toda, emérita, quedándote con las medias nada más... ah, y dime, en serio, ¿te llamas Santa...? ¡A que no... ! ¿Por qué vives en esta casa...? Cuéntamelo, cuéntame tu historia, mujer...

No tuvo necesidad Santa de oponerse a tanta exigencia, pues no bien las había formulado el general, cuando de

nuevo se durmió, y en esta vez con macizo sueño alcohólico. De puntillas, para no despertarlo, Santa apagó su lámpara y principió a desvestirse en la sombra, regocijada con la idea de que esa primera noche nadie se adueñaría de ella. De pronto y a pesar de las tinieblas de la estancia, llevóse la mano al cuello y se subió el camisón, cual si temiese que la sorprendieran. Aguardó un momento, y la respiración acompasada del gobernador la tranquilizó; soltóse el camisón y, devotamente, se sacó un viejo escapulario que ya no podría llevar más, que tenía que ocultar, ¡pobre trapo desteñido y roto como su pureza, testigo íntimo de sus épocas de dicha, guardián de reliquias que no habían sabido protegerla, compañero de sus suspiros de doncella y de sus palpitaciones de enamorada...! Castamente, lo besó muchas veces, como besamos lo que no hemos de volver a ver, y lo ocultó en algún misterioso sitio de su alcoba de pecadora.

Por la calle, a lo lejos, sonaban bandurrias y guitarras; trasnochadores alegres, sin duda, que, desafiando el mal tiempo, tocaban música triste cual la rustoria de ella. ¡Su historial, ¡la que le había pedido el borracho aquell...

Ya no llovía, pero continuaba, fuera, el sordo gotear de las cornisas y barandales. En el sumidero del patiecillo —una losa con cinco agujeros en forma de cruz— hundíase el agua rumorosamente, a escape, como apresurada por esconderse, allá debajo, en lo oscuro, y no presenciar lo que en la casa acontecía.

TEXTO DE BALDOMERO LILLO.

Hemos incluido el cuento “La compuerta número 12” en el que los personajes se presentan como víctimas de su ambiente físico y social. El cuento “La compuerta número 12” de Lillo se encuentra en Baldomero Lillo, *Sub terra*, (Santiago: Andrés Bello, 1988).

Texto 7

Pablo se aferró instintivamente a las piernas de su padre. Zumbábanle los oídos y el piso que huía debajo de sus pies

le producía una extraña sensación de angustia. Creíase precipitado en aquel agujero cuya negra abertura había entrevisto al penetrar en la jaula, y sus grandes ojos miraban con espanto las lóbregas paredes del pozo en el que se hundían con vertiginosa rapidez. En aquel silencioso descenso sin trepidación ni más ruido que el del agua goteando sobre la techumbre de hierro las luces de las lámparas parecían prontas a extinguirse y a sus débiles destellos se delineaban vagamente en la penumbra las hendiduras y partes salientes de la roca; una serie interminable de negras sombras que volaban como saetas hacia lo alto. Pasado un minuto, la velocidad disminuyó bruscamente, los pies asentáronse con más solidez en el piso fugitivo y el pesado armazón de hierro, con un áspero rechinar de goznes y de cadenas, quedó inmóvil a la entrada de la galería.

El viejo tomó de la mano al pequeño y juntos se internaron en el negro túnel. Eran de los primeros en llegar y el movimiento de la mina no empezaba aún. De la galería bastante alta para permitir al minero erguir su elevada talla, sólo se distinguía parte de la techumbre cruzada por gruesos maderos. Las paredes laterales permanecían invisibles en la oscuridad profunda que llenaba la vasta y lóbrega excavación.

A cuarenta metros del pique se detuvieron ante una especie de gruta excavada en la roca. Del techo agrietado, de color de hollín, colgaba un candil de hoja de lata cuyo macilento resplandor daba a la estancia la apariencia de una cripta enlutada y llena de sombras. En el fondo, sentado delante de una mesa, un hombre pequeño, ya entrado en años, hacía anotaciones en un enorme registro. Su negro traje hacía resaltar la palidez del rostro surcado por profundas arrugas. Al ruido de pasos levantó la cabeza y fijó una mirada interrogadora en el viejo minero, quien avanzó con timidez, diciendo con voz llena de sumisión y de respeto:

—Señor, aquí traigo el chico.

Los ojos penetrantes del capataz abarcaron de una ojeada el cuerpecillo endeble del muchacho. Sus delgados miem-

bros y la infantil inconsciencia del moreno rostro en el que brillaban dos ojos muy abiertos como de medrosa bestezuela, lo impresionaron desfavorablemente, y su corazón endurecido por el espectáculo diario de tantas miserias, experimentó una piadosa sacudida a la vista de aquel pequeñuelo arrancado de sus juegos infantiles y condenado, como tantas infelices criaturas, a languidecer miserablemente en las humildes galerías, junto a las puertas de ventilación. Las duras líneas de su rostro se suavizaron y con fingida aspereza le dijo al viejo que muy inquieto por aquel examen fijaba en él una ansiosa mirada:

—¡Hombre! Este muchacho es todavía muy débil para el trabajo. ¿Es hijo tuyo?

—Sí, señor.

—Pues debías tener lástima de sus pocos años y antes de enterrarlo aquí enviarlo a la escuela por algún tiempo.

—Señor —balbuceó la voz ruda del minero en la que vibraba un acento de dolorosa súplica—. Somos seis en casa y uno solo el que trabaja, Pablo cumplió ya los ocho años y debe ganar el pan que come y, como hijo de mineros, su oficio será el de sus mayores, que no tuvieron nunca otra escuela que la mina.

Su voz opaca y temblorosa se extinguió repentinamente en un acceso de tos, pero sus ojos húmedos imploraban con tal insistencia, que el capataz vencido por aquel mudo ruego llevó a sus labios un silbato y arrancó de él un sonido agudo que repercutió a lo lejos en la desierta galería. Oyóse un rumor de pasos precipitados y una oscura silueta se dibujó en el hueco de la puerta.

—Juan —exclamó el hombrecillo, dirigiéndose al recién llegado— lleva este chico a la compuerta número doce, reemplazará al hijo de José, el carretillero, aplastado ayer por la corrida.

Y volviéndose bruscamente hacia el viejo, que empezaba a murmurar una frase de agradecimiento, díjole con tono duro y severo:

—He visto que en la última semana no has alcanzado a los cinco cajones que es el mínimo diario que se exige a cada barretero. No olvides que si esto sucede otra vez, será preciso darte de baja para que ocupe tu sitio otro más activo.

Y haciendo con la diestra un ademán enérgico, lo despidió.

Los tres se marcharon silenciosos y el rumor de sus pisadas fue alejándose poco a poco en la oscura galería. Caminaban entre dos hileras de rieles cuyas traviesas hundidas en el suelo fangoso trataban de evitar alargando o acortando el paso, guiándose por los gruesos clavos que sujetaban las barras de acero. El guía, un hombre joven aún, iba delante y más tras con el pequeño Pablo de la mano seguía el viejo con la barba sumida en el pecho, hondamente preocupado. Las palabras del capataz y la amenaza en ellas contenida habían llenado de angustia su corazón. Desde algún tiempo su decadencia era visible para todos; cada día se acercaba más el fatal lindero que una vez traspasado convierte al obrero viejo en un trasto inútil dentro de la mina. El balde desde el amanecer hasta la noche durante catorce horas mortales, revolviéndose como un reptil en la estrecha labor, atacaba la hulla furiosamente, encarnizándose contra el filón inagotable, que tantas generaciones de forzados como él arañaban sin cesar en las entrañas de la tierra.

Pero aquella lucha tenaz y sin tregua convertía muy pronto en viejos decrepitos a los más jóvenes y vigorosos. Allí en la lóbrega madriguera húmeda y estrecha, encorvábanse las espaldas y aflojábanse los músculos y, como el potro resabiado que se estremece tembloroso a la vista de la vara, los viejos mineros cada mañana sentían tiritar sus carnes al contacto de la vena. Pero el hambre es aguijón más eficaz que el látigo y al espuela, y reanudaban taciturnos la tarea agobiadora, y la veta entera acribillada por mil partes por aquella carcoma humana, vibraba sutilmente, desmoronándose pedazo a pedazo, mordida por el diente cuadrangular del pico, como la arenisca de la ribera a los embates del mar.

La súbita detención del guía arrancó al viejo de sus tristes cavilaciones. Una puerta les cerraba el camino en aquella dirección, y en el suelo arrimado a la pared había un bulto pequeño cuyos contornos se destacaban confusamente heridos por las luces vacilantes de las lámparas: era un niño de diez años acurrucado en un hueco de la muralla. Con los codos en las rodillas y el pálido rostro entre las manos enflaquecidas, mudo e inmóvil, pareció no percibir a los obreros que traspusieron el umbral y lo dejaron de nuevo sumido en la obscuridad. Sus ojos abiertos, sin expresión, estaban fijos obstinadamente hacia arriba, absortos tal vez, en la contemplación de un panorama imaginario que, como el miraje del desierto, atraía sus pupilas sedientas de luz, húmedas por la nostalgia del lejano resplandor del día. Encargado del manejo de esa puerta, pasaba las horas interminables de su encierro sumergido en un ensimismamiento doloroso, abrumado por aquella lápida enorme que abogó para siempre en él la inquieta y grácil movilidad de la infancia, cuyos sufrimientos dejan en el alma que los comprende una amargura infinita y un sentimiento de execración acerbo por el egoísmo y la cobardía humanos.

Los dos hombres y el niño después de caminar algún tiempo por un estrecho corredor, desembocaron en una alta galería de arrastre de cuya techumbre caía una lluvia continua de gruesas gotas de agua. Un ruido sordo y lejano, como si un martillo gigantesco golpease sobre sus cabezas la armadura del planeta, escuchábase a intervalos. Aquel rumor, cuyo origen Pablo no acertaba a explicarse, era el choque de las olas en las rompientes de la costa. Anduvieron aún un corto trecho y se encontraron por fin delante de la compuerta número doce.

—Aquí es —dijo el guía, deteniéndose junto a la hoja de tablas que giraba sujeta a un marco de madera incrustado en una roca.

Las tinieblas eran tan espesas que las rojizas luces de las lámparas, sujetas a las viseras de las gorras de cuero, apenas dejaban entrever aquel obstáculo.

Pablo, que no se explicaba ese alto repentino, contemplaba silencioso a sus acompañantes, quienes, después de cambiar entre sí algunas palabras breves y rápidas, se pusieron a enseñarle con jovialidad y empeño el manejo de la compuerta. El rapaz, siguiendo sus indicaciones, la abrió y cerró repetidas veces, desvaneciendo la incertidumbre del padre que tenía que las fuerzas de su hijo no bastasen para aquel trabajo. El viejo manifestó su contento, pasando la callosa mano por la inculca cabellera de su primogénito, quien hasta allí no había demostrado cansancio ni inquietud. Su juvenil imaginación impresionada por aquel espectáculo nuevo y desconocido se hallaba aturdida, desorientada. Parecía a veces que estaba en un cuarto a oscuras y creía ver a cada instante abrirse una ventana y entrar por ella los brillantes rayos del sol y, aunque su inexperto corazoncito no experimentaba ya la angustia que le asaltó en el pozo de bajada, aquellos mimos y caricias a que no estaba acostumbrado despertaron su desconfianza.

Una luz brilló a lo lejos en la galería y luego se oyó el chirrido de las ruedas sobre la vía, mientras un trote pesado y rápido hacía retumbar el suelo.

—¡Es la corrida! —exclamaron a un tiempo los dos hombres.

—Pronto, Pablo —dijo el viejo—, a ver cómo cumples tu obligación.

El pequeño con los puños apretados apoyó su diminuto cuerpo contra la hoja que cedió lentamente hasta tocar la pared. Apenas efectuada esta operación, un caballo oscuro, sudoroso y jadeante, cruzó rápido delante de ellos, arrastrando un pesado tren cargado de mineral. Los obreros se miraron satisfechos. El novato era ya un portero experimentado, y el viejo, inclinando su alta estatura, empezó a hablarle zalameramente: él no era ya un chicuelo, como los que quedaban allá arriba que lloran por nada y están siempre cogidos de las faldas de las mujeres, sino un hombre, un valiente, nada menos que un obrero, es decir, un camarada a

quien había que tratar como tal. Y en breves frases le dio a entender que les era forzoso dejarlo solo; pero que no tuviese miedo, pues había en la mina muchísimos otros de su edad, desempeñando el mismo trabajo; que él estaba cerca y vendría a verlo de cuando en cuando, y una vez terminada la faena regresarían juntos a casa.

Pablo oía aquello con espanto creciente y por toda respuesta se cogió con ambas manos de la blusa del minero. Hasta entonces no se había dado cuenta exacta de lo que se exigía de él. El giro inesperado que tomaba lo que creyó un simple paseo, le produjo un miedo cerval, y dominado por un deseo vehementísimo de abandonar aquel sitio, de ver a su madre y a sus hermanos y de encontrarse otra vez a la claridad del día, sólo contestaba a las afectuosas razones de su padre con un “¡vamos!” quejumbroso y lleno de miedo. Ni promesas ni amenazas lo convencían, y el “¡vamos, padre!”, brotaba de sus labios cada vez más dolorido y apremiante.

Una violenta contrariedad se pintó en el rostro del viejo minero; pero al ver aquellos ojos llenos de lágrimas, desolados y suplicantes, levantados hacia él, su naciente cólera se trocó en una piedad infinita: ¡era todavía tan débil y pequeño! Y el amor paternal adormecido en lo íntimo de su ser recobró de súbito su fuerza avasalladora.

El recuerdo de su vida, de esos cuarenta años de trabajos y sufrimientos se presentó de repente a su imaginación, y con honda congoja comprobó que de aquella labor inmensa sólo le restaba un cuerpo exhausto que tal vez muy pronto arrojarían de la mina como un estorbo, y al pensar que idéntico destino aguardaba a la triste criatura, le acometió de improviso un deseo imperioso de disputar su presa a ese monstruo insaciable, que arrancaba del regazo de las madres los hijos apenas crecidos para convertirlos en esos parias, cuyas espaldas reciben con el mismo estoicismo el golpe brutal del amo y las caricias de la roca en las inclinadas galerías. Pero aquel sentimiento de rebelión que empezaba a germinar en él se extinguió repentinamente ante el recuerdo de su pobre hogar y de los seres hambrien-

tos y desnudos de los que era el único sostén, y su vieja experiencia le demostró lo insensato de su quimera. La mina no soltaba nunca al que había cogido, y como eslabones nuevos que se sustituyen a los viejos y gastados de una cadena sin fin, allí abajo los hijos sucedían a los padres, y en el hondo pozo el subir y bajar de aquella marca viviente no se interrumpiría jamás. Los pequeñuelos respirando el aire emponzoñado de la mina crecían raquíticos, débiles, paliduchos, pero había que resignarse, pues para eso habían nacido.

Y con resuelto ademán el viejo desenrolló de su cintura una cuerda delgada y fuerte y a pesar de la resistencia y súplicas del niño lo ató con ella por mitad del cuerpo y aseguró, en seguida, la otra extremidad en un grueso perno incrustado en la roca. Trozos de cordel adheridos a aquel hierro indicaban que no era la primera vez que prestaba un servicio semejante.

La criatura medio muerta de terror lanzaba gritos penetrantes de pavorosa angustia, y hubo que emplear la violencia para arrancarla de entre las piernas del padre, a las que se había asido con todas sus fuerzas. Sus ruegos y clamores llenaban la galería, sin que la tierna víctima, más desdichada que el bíblico Isaac, oyese una voz amiga que detuviera el brazo paternal armado contra su propia carne, por el crimen y la iniquidad de los hombres.

Sus voces llamando al viejo que se alejaba tenían acentos tan desgarradores, tan hondos y vibrantes, que el infeliz padre sintió de nuevo flaquear su resolución. Más, aquel desfallecimiento sólo duró un instante, y tapándose los oídos para no escuchar aquellos gritos que le atenaceaban las entrañas, apresuró la marcha apartándose de aquel sitio. Antes de abandonar la galería, se detuvo un instante, y escuchó: una vocecilla tenue como un soplo clamaba allá muy lejos, debilitada por la distancia:

—¡Madre! ¡Madre!

Entonces echó a correr como un loco, acosado por el doliente vagido, y no se detuvo sino cuando se halló delante

de la venta, a la vista de la cual su dolor se convirtió de pronto en furiosa ira y, empuñando el mango del pico, la atacó rabiosamente. En el duro bloque caían los golpes como espesa granizada sobre sonoros cristales, y el diente de acero se hundía en aquella masa negra y brillante, arrancando trozos enormes que se amontonaban entre las piernas del obrero, mientras un polvo espeso cubría como un velo la vacilante luz de la lámpara.

Las cortantes aristas del carbón volaban con fuerza, hiriéndole el rostro, el cuello y el pecho desnudo. Hilos de sangre mezclábanse al copioso sudor que inundaba su cuerpo, que penetraba como una cuña en la brecha abierta, ensanchándose con el afán del presidiario que horada el muro que lo oprime; pero sin la esperanza que alienta y fortalece al prisionero; hallar al fin de la jornada una vida nueva, llena de sol, de aire y de libertad.

IV

BIBLIOGRAFÍA



Baldomero Lillo (1867-1923)

OBRAS DE LOS AUTORES ANTOLOGIZADOS

- BLEST GANA, ALBERTO, *Martín Rivas (Novela de costumbres político-sociales)*, edición e introducción por Guillermo Araya. 2ª ed. Madrid: Cátedra, 1983.
- CAMBACERES, EUGENIO, *Música sentimental: silbidos de un vago*. Buenos Aires: Minerva, 1924.
- GAMBOA, FEDERICO, *Novelas*. México: Fondo de Cultura Económica, 1965.
- , *Santa*, edición e introducción por Javier Ordiz. Madrid: Cátedra, 2002.
- LILLO, BALDOMERO, *Sub terra*, Santiago: Andrés Bello, 1988.
- MATTO DE TURNER, CLORINDA, *Aves sin nido*. Castelló de la Plana: Publicacions de la Universitat Jaume I, D.L. 2006.

FUENTES SECUNDARIAS

Generalidades

- ANDERSON IMBERT, ENRIQUE, *Historia de la literatura hispanoamericana*. 4ª ed., México: FCE, 1962.
- ALEGRÍA, FERNANDO, *Historia de la novela hispanoamericana*. México: Ediciones de Andrea, 1974.
- ARA, GUILLERMO, *la novela naturalista hispanoamericana*. Buenos Aires: EUDEBA, 1965.
- ARANGO L., MANUEL ANTONIO, *Origen y Evolución de la Novela Hispanoamericana*. Bogotá: Tercer Mundo, 1988.
- BELLINI, GIUSEPPE, *Nueva historia de la Literatura Hispanoamericana*. Madrid: Editorial Castalia, 1997.
- CHANG-RODRÍGUEZ, RAQUEL, MALVA E. FILER, *Voces de Hispanoamérica. Antología literaria*. Canada: Heinle, 2004.
- FRANCO, JEAN, *Historia de la literatura hispanoamericana*. Barcelona: Ariel, 1993.
- GARCÍA LÓPEZ, JOSÉ, *Historia de la Literatura Española*. Barcelona: Vicens Vives, 2004.
- GARGANIGO, JOHN F., RENE DE COSTA, BEN A. HELLER, ALESSANDRA LUISELLI, GEORGINA SABAT-RIVERS, ELZBIETA SKLODOWSKA, *Huellas de las literaturas hispanoamericanas*. New Jersey: Prentice Hall, 2002.

- GOIC, CEDOMIL, ed., *Historia y crítica de la literatura hispanoamericana. II. Del romanticismo al modernismo*. Barcelona: Crítica, 1990.
- HENRÍQUEZ UREÑA, PEDRO, *La Utopía de América*. Caracas: Fundación Biblioteca Ayacucho, 1989.
- MADRIGAL, LUIS ÍÑIGO, ed., *Historia de la literatura hispanoamericana*. Vol. 2: *Del Neoclasicismo al Modernismo*. Madrid: Cátedra, 1993.
- MENTON, SEYMOUR, *El cuento hispanoamericano*. México: Fondo de Cultura Económica, 1964.
- OVIDO, JOSÉ MIGUEL, *Historia de la literatura hispanoamericana*. Vol. 2: *Del Romanticismo al Modernismo*. Madrid: Alianza Editorial, 2005.
- PÉREZ, GALO RENÉ, *La novela hispanoamericana. Historia y Crítica*. Madrid: Oriens, 1982.
- SCHADE, GEORGE D., *Costumbrismo y novela sentimental*. Madrid: La muralla, 1979.
- SOSNOVSKI, SAÚL, *Realismo y naturalismo*. Madrid: La muralla, 1983.
- VAN OSS, ADRIAN C., "La América decimonónica" en *Historia de la literatura hispanoamericana*. Vol. 2: *Del Neoclasicismo al Modernismo*. Coord. Luis Íñigo Madrigal. Madrid: Cátedra, 1993, 11-53.
- VARELA JÁCOME, BENITO, "Evolución de la novela hispanoamericana en el siglo XIX" en *Historia de la literatura hispanoamericana*. Vol. 2: *Del Neoclasicismo al Modernismo*. Coord. Luis Íñigo Madrigal. Madrid: Cátedra, 1993, 91-133.
- ZEA, LEOPOLDO, *El positivismo en México*. México: Fondo de Cultura Económica, 1968.

Estudios especializados

- BRUSHWOOD, JOHN, *México en su novela*. México: Fondo de Cultura Económica, 1973.
- CORNEJO POLAR, ANTONIO, «Prólogo» en *Aves sin nido*. Por Clorinda Matto de Turner. La Habana: Casa de las Américas, 1974, VII-XXXV.

- KRITIKOU, VIKTORIA, «Aspectos ideológicos en *Cecilia Valdés* o *La Loma del Ángel* de Cirilo Villaverde y *Martín Rivas* de Alberto Blest Gana». *Nasledje* 18 (2011): 341-49.
- , «Ambientes y valores sociales en *Aves sin nido* de Clorinda Matto de Turner y en *Los perros hambrientos* de Ciro Alegría», *América Latina, Globalidad e Integración*. Ed. Antonio Colomer Viadel. Vol. 3. Madrid: Ediciones del Orto, 2012. 1847-52. Impreso
- ΚΡΗΤΙΚΟΥ, ΒΙΚΤΩΡΙΑ. «Τα γυναικεία πρόσωπα στο μυθιστόρημα *Martín Rivas* του Alberto Blest Gana». *Ισπανοαμερικανική Πεζογραφία του 19^{ου} αιώνα. Κριτικά Δοκίμια*. Αθήνα: Κώδικας, 2004, 33-54.
- , «Τα γυναικεία πρόσωπα στην εξέλιξη της πλοκής του μυθιστορήματος *Aves sin nido* της Clorinda Matto de Turner». *Ισπανοαμερικανική Πεζογραφία του 19^{ου} αιώνα. Κριτικά Δοκίμια*. Αθήνα: Κώδικας, 2004, 55-79.
- , «Η προσωπικότητα της πρωταγωνίστριας στο μυθιστόρημα *Santa* του Federico Gamboa». *Ισπανοαμερικανική Πεζογραφία του 19^{ου} αιώνα. Κριτικά Δοκίμια*. Αθήνα: Κώδικας, 2004, 80-105.
- LEWIS, BART L., «Myth in Federico Gamboa's *Santa*,» *Mester*, Los Angeles, CA 6, (1976): 32-7.
- MELÉNDEZ, MARISELLE, «Obreras del pensamiento y educadoras de la nación: El sujeto femenino en la ensayística femenina decimonónica de transición» *Revista Iberoamericana*. 1998 July-Dec.; 64 (184-185): 573-86.
- ORDIZ, JAVIER, «Introducción» en *Santa*. Por Federico Gamboa. Madrid: Cátedra, 2002.
- SALES SALVADOR, DORA, «Introducción» en *Aves sin nido*. Por Clorinda Matto de Turner. Castelló de la Plana: Publicacions de la Universitat Jaume I, D.L. 2006.

